



La sonrisa vertical

La pequeña Maria

Sylvain Laubnier



Un estudioso de la geometría de Aristóteles y una joven cronista de una revista de modas se aman y se desean en modo absoluto y exclusivo. Se revelaron ya mutuamente todos los secretos y las complejidades eróticas propias de cualquier pareja de nuestro tiempo, inquieta y curiosa.

Cuando el autor «sorprende» a sus personajes, éstos se encuentran veraneando en una casa de campo y llevan ya conviviendo el período normal en que las relaciones eróticas tienden a mustiarse, de no cultivarlas mediante juegos más elaborados que los crean las pasiones iniciales. Uno de estos juegos es precisamente La pequeña María, una jovencita de doce años. El autor narra cuatro días de este principio de verano en que sus personajes elaboran y llevan a término el arriesgado «juego» que conciben en el hermoso esfuerzo por reanimar y sacudir la amenazante monotonía de sus, aun así, intensas y sofisticadas relaciones eróticas.

Es, en suma, una historia de amor, pero contada desde las raíces profundas de toda vida amorosa: el Eros.



Sylvain Saulnier

La pequeña María

La sonrisa vertical 18

ePub r1.1

Titivillus 21.04.16

Título original: *La petite Marie*

Sylvain Saulnier, 1972

Traducción: Paula Brines

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A. M. C.

*No se apresure demasiado en juzgarme,
y sobre todo en compadecerse de la tierna oveja*

Colette

La noche del veintiuno de julio

Cruzó el umbral de Rune al anochecer. La tormenta que se gestaba enardecía hacía tiempo el olor de la hierba. En el momento en que él detenía el coche al pie del viejo porche, ella abrió la puerta acristalada y, como siempre, al verla, su corazón se estremeció de alegría. Ella llevaba un vestido de tela azul, muy corto, y sandalias. Había vuelto a Ruñe tan sólo hacía unos días, pero había recuperado ya su tono dorado, cual miel salvaje.

Sus bocas se rozaron, y los dos entraron en el vestíbulo de baldosas rojas y grises.

—Soy feliz —dijo él—. No puedes imaginar cuánto te he echado de menos. Sin ti, tengo la impresión de caminar al lado de mis pasos.

Como de costumbre, ella lo precedió por las escaleras.

—No te muevas —dijo él de pronto.

Ella esperaba esta orden y se quedó inmóvil, arqueada, una pierna estirada, la punta de su pie derecho ligeramente apoyado sobre el escalón superior. Él rodeó con la mano su rodilla desnuda y, lentamente, sin hacer presión alguna sobre la carne fresca y lisa, le acarició por debajo del vestido el muslo tenso hasta sentir con su dedo el borde de la braga.

—La reconozco al tacto.

Ella volvió hacia él su rostro radiante y, moviendo apenas la cabeza, lo besó de nuevo en los labios.

—Me puse la que tú prefieres —dijo ella—. Ahora conozco tus gustos. ¿Te acuerdas, la primera vez?

Rieron, y la idea de su complicidad los colmó recíprocamente. Luego, ella volvió a subir lentamente los escalones; cada vez que superaba uno, sentía la mano de su amante penetrar un poco más en la intersección de sus piernas y, cuando alcanzó el rellano, su cuerpo ardía, la cabeza le daba vueltas. Pero ya, suavemente, él retiraba la mano y, abriéndole la puerta, la hizo entrar en la habitación.

Mientras él se desnudaba en el cuarto de baño, ella disponía encima de la cama el pantalón de terciopelo beige, un ancho cinturón de cuero y la camisa de lino blanco con los que le gustaba verle vestido, en Ruñe. Ese terciopelo algo recio, con reflejos de metal pulido, evocaba en ella el pelo de un animal, y, bajo esta segunda piel espesa y tupida, los largos muslos de su amante iban endureciendo bajo la mano que lo acariciaba con fuerza salvaje. Ella abría los postigos que habían quedado cerrados al bochorno del día cuando, al lado, el ruido de la ducha se detuvo. Él entró en la habitación. Ella lo miró.

—Me gusta tu sexo. Es muy bello, muy puro... Al principio me dolió mucho tu pudor. Habría querido verte, pero tú te resistías. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo él—. Quizás porque, en el mejor de los casos, jamás me pareció eso muy bonito, en el hombre. E incluso ahora me cuesta mucho pensar...

Ella se había arrodillado ante él y, mientras él seguía hablando, ella lo había cogido, ya vibrante y duro en su menuda mano apretada y, descubriéndolo, lo rozaba delicadamente con la lengua. Entonces, cogiéndola por la nuca, él se hundió profundamente en su boca y, por un instante, bajo la presión, ella vaciló, se atragantó. Él se apartó bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó ella en tono de

reproche.

—Disponemos de todo el tiempo. Aprende a ser paciente. Además, tengo muchas cosas que decirte. Siéntate. No, aquí no... en este sillón.

—¿Por qué en este sillón?

—Porque tus rodillas quedan más altas, no te hagas la inocente.

Y, ante su mirada insistente, ella bajó la suya, y obedeció. Volviendo a cruzarse la bata, él se dirigió hacia la cama para coger un maletín de piel rojiza con asa de acero e, instalándose ante ella, lo abrió. Ella esbozó un movimiento de curiosidad.

—¿Me has traído algo?

—Sí —dijo—. Espero que te guste, sobre todo cuando te haya contado mi historia... Separa las rodillas.

Pese a la extrema libertad que reinaba en la pareja, ella jamás recibía aquella orden sin un estremecimiento de rebeldía. Por más que se dijera que, en comparación con ciertas exigencias de su amante, esta coacción era a fin de cuentas muy ligera, no podía por menos que experimentar una deliciosa sensación de vergüenza. El vio separarse, con lentitud, como forzadas, las hermosas rodillas de bronce y aparecer al fondo, oculta en la sombra azul, la geométrica blancura de su braga.

—Un poco más —dijo—. Vamos... Más...

Y el vestido, que subía imperceptiblemente por sus muslos a medida que se abrían, revelaba la dificultad de su sumisión.

—Muy bien. No te muevas. Y ahora, mírame.

Ella levantó la vista hacia su amante, pero sin encontrar su mirada, obstinadamente fija en el triángulo de nailon que ella dejaba al descubierto.

—Por favor, un cigarrillo —pidió él suavemente.

Sin mover la parte inferior de su cuerpo, ella tuvo que entregarle el paquete y el encendedor

metálico que tenía al alcance de la mano.

—Hasta que nos encontramos —dijo él—, te habían enseñado a apretar las rodillas cuando te sentabas, sobre todo delante de un hombre. Primero tu madre y tu abuelo, luego tus institutrices y por fin tu profesor de teatro. Y todos estaban de acuerdo, ¿no es así?

—Sí —dijo ella—, estaban todos de acuerdo.

—En fin, una excelente educación, y no puedo por menos que alegrarme. ¿Qué valdría mi placer de no extraerlo de la conquista de tu confusión? ¿Me apruebas, espero?

Ella afirmó con la cabeza, y con satisfacción él vio cómo sus uñas cortas se crispaban lentamente en la rodilla.

Volviendo la mirada hacia el maletín de piel rojiza, él extrajo con la punta de los dedos un pequeño slip blanco de lo más clásico y un portaligas también blanco.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—No puede hacerse mejor para una jovencita.

Él esbozó una sonrisa.

—Pertenecían efectivamente a una jovencita, y éste es su mayor mérito. No se puede rechazar un regalo.

—¿Isabel? —murmuró ella.

Él asintió con un parpadeo. Un instante de silencio —y ellos oyeron el canto de amor de un ruiseñor—. Ella no había vuelto a juntar las piernas y, en su perspectiva, estrechamente inmaculado, lucía el rombo prohibido en el que parecía centrarse todo el resto del día.

—Tenía algo que decirte —murmuró ella.

—¿Qué?

—Cuenta tú primero.

—¿La pequeña María?

—Sí.

—¿Amaestrada?

—Te lo diré luego. Cuenta. ¿Así que has ido a ver a Isabel?

—Sí, y a una hora en que sabía, gracias a ti, que la encontraría a solas. Justo a la hora del almuerzo. Cuando vio que no ibas conmigo, si hubieras visto su cara...

—Está enamorada de ti.

—No, de los dos... o más bien de lo que nos une. ¿No era lo que tú querías? ¿Recuerdas, la primera vez que, delante de mí, le pediste que entrara en el probador?

—¡Sí!, —dijo ella—, me acuerdo. Fue muy bonito. Ella no sabía adonde mirar. Y tú no le quitabas los ojos de encima mientras ella me ayudaba a sacarme el sostén... Pero sigue.

—Debía ser la una, y ella debía estar seguramente terminando los postres, porque aún llevaba en el canto de los labios un poco de mermelada. No puedes imaginar cómo me conmovió este detalle.

—Sí —dijo ella—, lo sé... lo sé muy bien. ¿Cómo iba vestida?

—Un vestidito azul marino con cuello blanco sobre el que caía su pelo rubio. Parece increíble tal aspecto de inocencia a los diecisiete años. Y su ropa interior, ya lo ves, está hecha a imagen de su alma...

—¡Oh, por favor, date prisa, y deja de hablarme de su alma!

Él estiró la pierna y suavemente, con la punta del dedo desnudo, tocó su sexo abombado bajo el velo que lo moldeaba.

—¡Vaya —dijo él riendo—, eres terrible! Todavía no he empezado, y tú ya...

—Cuenta.

—Le explico pues que tú te has ido un mes al campo y que me encargaste hacer unas compras. Ella pregunta qué quieres. Le insinúo con mucho

tacto que, en lo que se refiere a ropa interior, tú jamás decides sin mí y que, a fin de cuentas, lo que tú quieres no es más que un reflejo de mi deseo. Ella bajó un poco la cabeza. Con dos dedos se la levanté por la barbilla y, obligándola a cruzar mi mirada, le dije secamente que ella debía saber, dado el tiempo que frecuentábamos su tienda, hacia qué artículos se inclinaba mi gusto. Que me mostrara pues lo que podía complacerme. Abrió varios cajones y, con una mano visiblemente emocionada, extrajo unas cuantas cositas. La verdad es que dos o tres no me dejaron indiferente, pero yo tenía mi idea. Adivinas ya cuál es. Me limité pues a toquetear en silencio aquella ropa mirándola fijamente a los ojos.

—¡Debía estar muy turbada!

—Tanto, creo, como si le hubiera metido mano por debajo de la falda. Y era a eso precisamente... a esa idea a la que deseaba llevarla al arrugar ante ella la imagen de lo que apretaba su grupa o de lo que tensaban sus medias. Luego le dije que todo aquello no me tentaba nada. Añadí, con notable mala fe, que lo que ella me proponía revelaba una inaceptable fantasía —o en todo caso que yo rechazaba. Ella creyó pertinente recurrir entonces tímidamente a la moda. Así que simulé enfadarme, señalándole con frialdad que me horrorizaba aquella moda tan manifiestamente sometida a la noción de espectáculo. ¿Qué placer podía sentirse al sorprender, al descubrir, algo que había sido concebido para ser visto? Entrever debajo de una falda que se levanta una combinación estampada de margaritas, leotardos bordados o calzoncillos de abuelita estrangulando la rodilla, me parecía una broma que a gusto dejaba para los aficionados al circo. Tenía una idea más elevada de la ropa, y todo lo que tocaba el cuerpo de mi amante era para mí sagrado. ¿Acaso tenía yo que tener ganas

de reírme al desnudarla? Ella me señaló que no, los ojos fijos en los artículos bastante graciosos, ya te lo dije, que se amontonaban encima del mostrador de cristal. Hacía calor en la boutique ahogada entre cortinas y alfombras, y, muy lejos, al otro lado del espejo, apenas si se oía la respiración de París bajo el sol de tormenta. Y sentí que había llegado el momento.

»—Me gustaría —le dije con una voz de pronto llena de dulzura— que usted cerrara un momento la boutique.

»Ella alzó hacia mí una mirada deliciosamente atemorizada.

»—¿Por qué?

»—Ya lo verá.

»Durante un segundo pareció consultarse, luego, echando atrás su pelo rubio con un valiente movimiento de cabeza, obedeció. Entreabrí la cortina de terciopelo azul. Tuvo entonces otro momento de duda. “Entre”, le dije —y pasó delante de mí—. Conoces el probador... Imagina a Isabel adosada a la hoja central del espejo de tres hojas, con sus brazos caídos a lo largo del cuerpo y su pequeño rostro sonrojado rodeado por su cabello. Me senté en la silla dorada y, cogiéndola de la mano... su mano acalorada, seguí en voz baja: “Escúcheme. Estoy convencido de que usted me ha entendido —porque usted, usted sabe qué es la decencia... y el placer que puede sentirse al forzarla—. Lo que yo quiero para Claudia es inútil que lo busque en sus cajones: lo lleva usted misma”. Sentí su mano crisparse en la mía. “Sí, Claudia y yo nos queremos, y usted nos envidia, lo sé. Lo que usted se quitará y me entregará hará que usted esté entre nosotros mañana cuando la desnude a ella. Levántese el vestido”».

Los amantes estaban ahora en la noche, la gran noche de verano que desparramaba leche de

estrellas por encima de los árboles del parque. La tormenta se había disuelto. Mañana haría buen día.

Inclinándose hacia adelante, Claudia cogió con la mano el tobillo de su amante y apoyó con fuerza su pie descalzo sobre la prominencia de su sexo.

—Sigue —dijo ella.

—Cogió el borde de su vestido, exactamente como para hacer una reverencia (y este asomo de zambullida, infantil y ceremoniosa a la vez, no hizo más, como puedes suponer, que incrementar mi placer), luego la levantó lentamente hasta la sombría doblez de sus medias. Convendrás fácilmente que a veces hay que ser brutal. «Vamos, más arriba... Levántala», le dije en tono glacial. «Levántala, o te pego». Se apresuró a obedecer, muerta de vergüenza, y esta vez reveló la luz de sus muslos enmarcados por los lazos blancos del portaligas. «¿Por quién me has tomado? Levántala hasta la cintura... Sí, más arriba». Ella se apoyó en el espejo, y vi velarse su mirada, estremecerse sus pechos ligeros, vibrar todo su cuerpo. Su respiración llenó el estrecho espacio de las cortinas, y creí que iba a huir, pedir ayuda... no sé. ¡Imagínate! Me habría gustado que lo vieras. Con un sobresalto desesperado, y como para señalar la definitiva derrota de su pudor, levantó de golpe su vestido hasta las caderas, y de pronto tuve ante mí todo lo que deseaba ver.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—La contemplé mucho tiempo, y luego le rogué que se abriera de piernas.

—¿Y te obedeció?

—Sí, con lentitud, con gran lentitud, asiendo siempre el vestido con las dos manos a la altura de la cintura, y su pubis, así separado, pareció adquirir vida bajo el velo y, entre los lazos que lo

amparaban a los dos lados, bajo el arco esbelto del portaligas, palpitaba como el fuego bajo el Arco de Triunfo.

—En fin, el sexo desconocido —dijo Claudia suspirando.

Pero él creyó adivinar algo de celos en la ironía de su comentario y, cogiéndole la mano en la sombra, la besó en la palma.

—Anote, pequeña —emitió él doctamente.

Y esta orden, que él le daba en broma cuando le salía bien una fórmula, tuvo como siempre el efecto de excitar su alegría.

—¿Dónde habíamos quedado? —dijo Claudia—. Ah sí: ella está de pie delante de ti, con el vestido hasta la cintura, y tú te pones lírico. ¿Entonces?

—La obligué a avanzar unos pasos con el fin de ver en el espejo el reflejo de su culito, luego cogí con la mano su pubis a través de la pantalla de nailon y por fin le pedí, tras haber acariciado sus nalgas, emocionadas y tensas, que soltara las medias, se quitara el portaligas y la braga.

—¿Y lo hizo todo en este orden?

—Sí, en este orden. Y, mientras obedecía, no sin encantadora torpeza, yo recogía su vestido por encima de sus riñones con mi mano izquierda.

—¿Y con la derecha?...

—La ayudaba en lo que podía.

—¿Y cuando tuviste sus trapos en la mano?...

—Guardemos el resto para la noche —dijo él.

De pronto la luz inundaba la habitación azul. Él ya se vestía.

—Granuja... pedazo de granuja —exclamó ella con rencor.

Con pesar se levantó, algo aturdida, recogió la bata de baño que él acababa de quitarse y cerró las persianas.

—Me gustaría bastante traerla a Ruñe un día o

dos —dijo él terminando de abrochar su camisa de lino.

—¿Isabel?

—Sí. ¿Qué te parece? Sería una fiesta muy bonita.

—Antes, tendremos otra aún más bonita.

Él esbozó una sonrisa de satisfacción y preguntó:

—¿La pequeña María?

—Vendrá a merendar mañana.

Feliz de su alegría, ella lo miraba sonriendo. Él fue hacia ella y la cogió con ternura por los hombros. Le gustaban mucho sus hombros limpiamente moldeados, tan puros, tan frescos.

—¿Aceptó, pues?

—Sí.

—Gracias —murmuró él besándola en la boca.

—No te diré que todo el placer es mío —dijo ella.

Y él apreció su respuesta en su justo valor.

Se divertían mucho juntos, y entre las cosas que tenían en común —casi todo— el humor no figuraba entre las menores.

Cenaron en la cocina de baldosas rojas, revestida de madera clara, donde se encontraba, por una desafortunada casualidad, la única mesa que les gustaba de la casa.

—Tengo hambre —reconoció él—. Cuando estoy contigo, siempre tengo hambre. ¿Cómo te las arreglas?

—Te doy lo que te gusta.

—¿Y cómo sabes lo que me gusta?

—Lo adivino.

Antes de conocerla él no sospechaba que comer podía ser un placer a la vez que un arte. Se lo había hecho descubrir entre muchas otras cosas, y

él se sorprendía aún de ello. «En fin —pensaba él —, soy un *bon vivant*» —y, ante este aspecto tan inesperado en él, permanecía confundido.

—Cuando la invitaste, ¿no se sorprendió?

—Un poco, creo. En realidad, no nos conocemos más que de vista. ¡En fin, lo esencial es que haya aceptado!

—Lo esencial... ¡en eso te muestras muy optimista!

—Tiene un aire que da que pensar. Si la hubieras visto, esta mañana, en su bici, con su falda en tela de vichy, su blusa de algodón y sus calcetines blancos...

—¡Ah —dijo él—, no me hables! ¡Qué maravilla! ¡Y su mirada misteriosamente impertinente, sus rodillas rasguñadas, su trasero admirable...! ¡Y pensar que está ahí, en la casa de al lado...! ¡Pensar que mañana mismo estará aquí!...

—Come. Tu bistec va a enfriarse. ¿Me pasas el vino?

—Perdona. Ya no sé dónde tengo la cabeza. ¡Ah, la pequeña María!

—¡Espera! Hay más... ¿Sabes qué me dijo, como si nada?

—Cómo quieres que lo sepa. Anda, dilo... de lo contrario no te doy el vino.

—Celebra mañana sus doce años.

—¡No!...

—Sí, te lo juro. Mañana, es su cumpleaños.

—Estoy soñando —murmuró él, deslumbrado —, estoy soñando. Pero ¿te das cuenta? ¡Isabel por la tarde, tú dentro de un momento y mañana para merendar la pequeña María!

—Cuidado —señaló ella—. La pequeña María, no es aún cosa hecha, y no eres feliz más que en dos terceras partes. Te aviso: ella será sin duda menos fácil que Isabel y yo juntas.

—Pues, me ayudarás —dijo él con voz decidida—. Después de todo, tú has tenido su edad. Procura recordarlo.

—No la habría invitado si no me acordara —murmuró ella gravemente.

Paseaban por el parque. La Folette, con sus aguas siempre alegres y apresuradas, susurraba en la noche, y sólo le respondía a veces el estallido sordo de un árbol viejo de pesadas ramas. Ella lo cogía por la cintura, y él había descansado la mano sobre su cadera, allí donde el músculo se mueve a cada paso.

—Me gusta ese contoneo —dijo él—. A cada paso, tus piernas se abren, e imagino esta separación, la imagino vista por debajo.

—¿Te gustaría verla así?

—Sí, pero ¿cómo? A menos que me construyera un carrito muy estrecho que fuera a la velocidad de tu paso y que me tumbara en él de espaldas...

Ella soltó una carcajada.

—¡Un sueño! Creo que en este caso estás condenado al plano fijo. A propósito, ¿te lo he dicho? Ella está de acuerdo con lo de las fotos... la pequeña María.

—¿Y no me lo habías dicho?

—Hay que cuidar los efectos.

Jamás habría esperado tanto. ¡La visita, el cumpleaños y las fotos! Realmente no podía pedirse más.

—Creo que eres genial —reconoció él con sencillez—. Sí, genial. ¿Cómo le has planteado tu propuesta?

—Le he dicho que buscaba a una chiquilla para una colección. Ella sabe que escribo en una revista de modas y le pareció muy normal. En fin, al

menos si me atengo a su mirada...

—Ya veo —dijo él, lleno de admiración—. Eres única. Ah, te quiero... sí, te quiero.

Una gran ave nocturna, asustada por sus voces, llenó de pronto el oquedal con el blando aleteo de sus alas, y ella se apretó contra él, con temor.

—Queda claro —siguió ella— que la primera vez me quedaré a solas con ella. No hay que apresurarse demasiado. Además —añadió con ese ligero cinismo que le encantaba—, te debo una amabilidad: me toca a mí contarle mañana.

—Pero, esta vez —dijo él—, con documentos fehacientes.

—No te hagas ilusiones: los primeros serán muy decentes... Diría incluso publicables.

—Sí —dijo él sonriendo en la sombra—, tengo confianza en ti. Además, no lo ignoras: lo decente es mi debilidad.

Habían alcanzado ese lugar del parque, en el extremo noreste, donde la bóveda de tupidas ramas por encima de sus cabezas espesaba totalmente la noche. Un profundo olor a humus contribuía curiosamente a envolver las tinieblas. Ella dejó de sentir su mano.

—¿Dónde estás? —dijo ella, angustiada—. Contesta. Anda, contesta.

Sintió en aquel momento que su vestido se levantaba, descubriéndola hasta la cintura.

—Y ahora —dijo él imperiosamente—, camina, camina y aguanta tu vestido levantado.

Ella obedeció, y él la siguió a tres pasos, los ojos fijos en la blancura de su braga, iluminando la oscura alameda.

Al final, cuando volvieron a aparecer las estrellas, ella se detuvo bruscamente, y, al ir él hacia ella, experimentó su gran deseo contra sus riñones. Entonces, ella se arrodilló espontáneamente en la hierba y, apoyándose en

los codos, esperó. Sin prisa, él tanteó en el matorral. Ruido de la ramita de avellano que él rompe —y lenta, ligeramente, la goma deja de apretarla, y el nailon resbala sobre su carne repentinamente invadida de frescor—. Momento de espera. Arqueada, tensa, al límite de la paciencia, está a punto de reclamar lo que le es debido cuando el junquillo aún emplumado de hojas con afilados dientes se abre un camino preciso por entre sus muslos desnudos. Gemido furtivo. La fina rama se retira tan vivamente que el surco que exploraba se abrasa. Por tres veces, a todo alcance, la quemadura de los golpes; su liberación. Ella grita y cae hacia delante. Pero ya él la sostiene, la levanta, la besa con ternura.

Su despacho estaba situado en el primer piso, frente a la habitación azul. Aquella noche, trabajó hasta tarde. Pese a todo el deseo que sentía, él ya no tocaría a su amante antes de medianoche, tanto para asegurarse el control sobre sí mismo como por la voluptuosidad de diferir un placer seguro. El trabajo que había iniciado sobre la geometría de Aristóteles no carecía tampoco de interés, y su reloj marcaba la una menos cuarto cuando cruzó el estrecho pasillo y entró en la habitación. Acostada de espaldas, ella esperaba. No leía, no fumaba, no soñaba. Enteramente vestida, las piernas juntas, esperaba, y, bajo su cuerpo, la manta que ella rehundía por la mitad con una real huella alargada era como una de esas alfombras de serrallo en las que solía presentarse al sultán su pequeña esclava nocturna.

Él se sentó en silencio al pie de la cama iluminada únicamente por un quinqué y le desabrochó las sandalias sosteniéndole la pierna un poco levantada. Una hojita agrietaba el interior

de su rodilla que seguía marcada por la hierba recia. Él le rogó que se levantara y, delante de él, que permanecía sentado, se quitara el vestido por arriba, ya que, de entre todos, le gustaba el momento en que, su rostro apresado en la estrechez de la tela, ella le ofrecía, cegada, sin la defensa de sus ojos, el espectáculo más perfecto.

Su sostén se sujetaba con dos corchetes. Uno por uno quedaron sueltos, y ella puso sus codos hacia adelante para que resbalaran cómodamente sobre sus brazos desnudos las cintas de raso del sujetador.

En aquel instante, él se encontraba de pie detrás de ella con el fin de vislumbrar desde arriba, por la tierna curva de su hombro y del cuello, el cono de sus pechos menudos, muy blancos, tan jóvenes. Entonces, él se desnudó muy rápido, e, inmóvil, ella oyó caer sin verlas las prendas de su amante. De pronto, él se arrojó sobre ella, atrapada, alternativamente modelada y saqueada, perdiendo la respiración y tomando vida bajo aquellas manos que la trituran y la llevaban lejos de ella misma con el salvaje vigor de un torrente de primavera.

Él la rechaza.

Arrojada entre sus piernas, de bruces y la mejilla hundida en la lana. Pequeña náufraga medio desnuda. Una presa vigilada desde arriba por la mirada del amo. Y otra vez sus manos, pero esta vez tan suaves, al límite de la ausencia. Oh no, nadie sabrá jamás mejor que él quitarme la braguita de esa manera, como quien no toca, como si se bajara por sí sola o por el efecto de un encanto.

—Estás marcada —dijo él— y sin duda lo estarás todavía mañana. Estoy seguro de que estas tres líneas rojas interesarán muchísimo a la pequeña María.

Quiso decir no, rebelarse, gritarle que iba demasiado lejos, pero, cogiendo con toda la mano su pelo negro, él ahogó su protesta.

—He dicho. ¿No has pedido tú misma este castigo? Debes ahora enseñar sus huellas.

Ella no dudaba de que él haría, en el momento deseado, lo que acababa de decidir y, con los ojos cerrados, la sangre en las mejillas, ella escuchaba el estallido de aquellas temibles palabras. El puso sus manos sobre sus riñones y abrió con una presión el estrecho surco. Luego, inclinándose, tocó con su lengua puntiaguda el anillo secreto. Por un momento, él la mantuvo abierta por la fuerza.

—Confiesa que te gustaría cerrarte. Confiesa que tienes vergüenza...

Sí, le habría gustado... Sí, le invadía la vergüenza, pero ella era suya, y que él la utilizara a su antojo la llenaba de reconocimiento.

Al fin, volcándola hacia un lado, él la giró hacia él.

Otra vez de espaldas, una pierna colgando a un lado de la cama y la otra doblada. Él la recorrió largamente con la boca, por el vientre, los pechos, el tierno interior de los muslos, y luego, arrodillado, abrió camino a su lengua en el centro mismo de su corto vello. Cuando vio erguirse el copete rojo y, al comprimir la base entre sus labios, tocó la cresta con los dientes, ella gritó. Interrumpiendo su caricia, y al igual que el nadador a punto de zambullirse estira los brazos ante él, alcanzó sus pechos y, con los dedos, hizo despuntar sus pezones rosas. Ella volvió a gritar y, el vientre endurecido, las piernas dobladas hacia atrás, volcó bruscamente la cabeza hacia atrás con la boca entreabierta, la mirada fija. Entonces,

mientras él aspiraba incansablemente, su mano derecha abandonó el pecho e, insertándose debajo de las nalgas, penetró sin resistencia en el lugar de su máxima estrechez.

Ahora estaba dentro de ella y, su cuerpo amoldado al suyo, balanceándose suave, profundamente, como un barco anclado, él le hablaba, la boca metida en su cuello, la mano en su cabello, al borde del sueño. Estaban juntos para siempre. Siempre amarían juntos.

El ventidos, a la hora de la merienda

Esa hora hueca, al inicio de las tardes cálidas, en el sombreado silencio de su despacho finamente taladrado por el agujón de oro de una abeja... Tumbado sobre la manta, él miraba humear su cigarrillo, y el arabesco de su hilo por encima de su mano era como el azul aliento de la memoria. A lo lejos, perdido en la vibración de un hermoso verano, volando hacia la casa a través del glauco sueño de los parques, el ruido de la serrería, ese largo gemido de la madera tierna, cortada por el hierro que él oía antaño, en la periferia de la ciudad, en su pequeña escuela, mirando, inclinado sobre un cuaderno, aquel perfil tan puro.

Ella debía tener diez años. Su pelo era negro, sus ojos azules, sus dientecillos separados. Él la había deseado como puede hacerlo un niño de siete años cuando a una cándida impotencia se mezcla una desaforada curiosidad, y el eco de aquel amor seguía vibrando en él. Ahora estaba seguro: había buscado en todas las mujeres a la niña y si, antes de Claudia, él jamás había podido ser feliz, es porque ninguna había aceptado la complicidad que él soñaba establecer entre sus recuerdos y sus deseos. Algunas se habían incluso escandalizado, como si, procurando resucitar a la niña de las que ellas eran la tumba, él las obligara a traicionar a la mujer en las que, por desgracia, se habían convertido. Luego, vino Claudia.

Oyó, con los ojos cerrados, cómo se abría suavemente la puerta.

—Puedes entrar —dijo—. No duermo.

Estiró los brazos, y ella se dejó deslizar a lo largo de su cuerpo, la oreja a la altura de su boca.

—¿Dónde estabas?

—En la cocina.

—Me gusta saberte en la cocina.

—¿Por qué?

—Me inspira seguridad. ¿Y el pastel?...

—Ya está. Le he puesto hasta las velas, doce velitas rosas. Y preparé la naranjada.

—*Happy birthday to her*. Me gustaría ver su sorpresa ahora mismo.

—Quizás sospeche algo.

—Sí, pero quizás no en nuestra fiesta.

—¡Oh, no diría tanto! No subestimemos el genio de la infancia. Está muy dispuesta a admitir, y ya es mucho.

—Sí —reconoció él—, no se puede pedir más.

—¿Cómo piensas actuar?

—Mira... si empezamos, ¡ya sabes cómo terminaremos!

—No vendrá hasta las cinco. Cuenta... y acaríciame un poco... sólo un poco. Por favor.

—No es el momento.

—Por favor.

Él deslizó la mano por debajo de su falda y toqueteó su turgente grupa. Ella separó ligeramente las piernas y la palma de su mano se desplazó hacia su pubis al que amasó suavemente. Ella se puso de espaldas.

—Me gusta tu calor —dijo él.

—Más arriba el dedo. Sí... ¡ah! Cuánto me gusta. Y ahora cuenta.

—Pues bien, la harás entrar y la instalarás en el sillón que está a la izquierda de la chimenea. Tú te sentarás en el sofá. ¿Están cerradas las persianas?

—Lo están. Y tú, ¿dónde te pondrás?

—Llegaré después y me pondré en el sillón frente a ella, a la derecha del sofá. Y hablaremos

un rato. ¿Sus padres siguen en Estocolmo?

—Hasta el mes de septiembre, según creo.

—Qué suerte para nosotros. Le pediré que me dé noticias tuyas, le preguntaré acerca de sus estudios, me interesaré por sus lecturas... En fin, ya ves: un poco distante, con benevolencia, sin sorpresa.

—¿Y yo, mientras tanto?

—Tú escucharás diciendo algo de vez en cuando, con un movimiento de cabeza. Imagínate que tuviéramos una hija de esa edad y que María fuera su amiga. Nuestra hija se ha retrasado un poco, y nos esforzamos por hacer que la señorita se entretenga mientras espera.

—Ella se relaja, se siente segura, y sus rodillas se entreabren.

—Exactamente. Lo has entendido. Después irás a buscar el pastel con el que vuelves con las velas encendidas.

—Bueno, ¿y luego?

—Se lo haremos probar. No te olvides: el oportuno antes. El zumo de frutas después.

—Veo que dominas el protocolo en materia de meriendas de niños.

Se rieron. Un rayo de sol iluminó, encima de la mesa de roble pulido que él había adoptado para trabajar, la artesuela de cristal grueso donde había una rama de manzano salvaje. Él le mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja.

—Confiesa que te habría gustado, a los doce años, venir a merendar a mi casa.

—¡Oh, sí, me habría vuelto loca de alegría! Pero, por favor, deja de mover el dedo.

—¿Quieres que lo quite?

—¡Oh, no! Deja sólo de mover. A menos que...

—No, luego. Cuando se haya ido.

—Sigue tu historia.

—Bueno, pues, cuando se termine la merienda,

le pedirás que te acompañe a la habitación. Y trabajaréis a solas.

—Anda, inventa, sé bueno. Por ejemplo, en la segunda visita... o en la tercera. ¿Qué ocurrirá?

—Viendo el estado en que te pones antes de la primera...

—¿Qué más te da? —dijo ella con impaciencia.

Él retiró la mano.

—Ya está —dijo él—, me da igual. Y ahora déjame solo. Quiero trabajar hasta que llegue.

A las cinco —él estaba entonces en su mesa escribiendo—, oyó un pasito subiendo los peldaños del porche. Luego, un dedo golpeando el cristal, la puerta abriéndose y, en el vestíbulo, un murmullo de voces. Otra vez el silencio. Está ahí —esta vez está ahí; están ahí las dos. Cinco minutos de espera. Le toca a Claudia jugar en primer lugar, y ella juega muy bien, estoy seguro. ¿Qué haría sin ella? Ella me bastaría, y ella lo sabe. Nada la obliga pues a regalarme a la pequeña María. Sería tan horrible si ella se creyera obligada, para complacerme, a entrar en esta historia... Por suerte, en este caso ella piensa primero en ella misma. Inolvidable aquel instante en que nos dimos cuenta de que nuestros deseos coincidían en lo más cálido de la misma imagen. Desde el fondo de sus años lejanos, una niña se alzó a mi llamada. Al principio, ella tenía el rostro de Claudia, y sigue teniéndolo, pero ahora su nombre es María. Bajo esa encantadora máscara en la que su infancia volvió a encontrar su rostro viviente, ella se reconoce y yo la reconozco, maravillado.

Sentada muy formal, las rodillas juntas, la mano izquierda apoyada en el brazo del sillón, la derecha abandonada en el hueco de su vestido

blanco con un cinturón de piel roja. Es muy morena, y lleva el pelo corto. No, sus rodillas, todavía un poco puntiagudas, no están rasguñadas; apenas si una de ellas lleva el recuerdo —delgado menguante de carne pálida— de una antigua herida. Ojo azul de gata, un poco rasgado, alargado por una incierta rayita a lápiz. La imagina procurando maquillarse ante el tocador de su madre. Habla muy poco, pero él la siente alerta, a la expectativa. Intimidada intimidante, con una sonrisa ambigua que flota en la penumbra verde, en el fondo de los instantes de silencio.

El gran pastel de chocolate ha sido apenas probado. Visiblemente, nadie tenía hambre, y Claudia apenas si comió del trozo más pequeño. Ella ve a María de perfil. O más bien no: yo la veo a través de los ojos de él. Si él no me hubiera llamado la atención, ella sería para mí una extraña, una desconocida. Pero, porque él supo amarme en mi infancia, al devolverme la curiosidad, que es lo que ahora conocerá María — esta tensión nos lleva adonde él quiere llegar—, soy yo quien va a seguirle a través de ella, y por mi cuenta. En resumen, heme desdoblada, amada en dos personas —y todos esos años perdidos porque él no estaba, todos esos placeres que yo ansiaba confusamente sin sospechar su naturaleza, ella los conocerá por mí, ya que vuelvo a encontrarme en ella.

Él no ha dicho una palabra desde hace un cuarto de hora. Es como si lo hiciera a propósito, piensa Claudia. Me obliga a hablar, aunque no tenga nada que decir, con el fin de turbarme e

intrigar a María. En fin, él se aparta. Ya no está conmigo.

Ella se levanta bruscamente:

—Creo que ya es hora de pensar en nuestro trabajo.

Pero, en el momento en que pasa a su lado, en el ángulo del sofá y del sillón, ella se siente cogida por la muñeca. El alma en vilo, se detiene. No irá él ahora...

—¿Quién te ha dado permiso para levantarte?
—dice él con dulzura.

Ella intenta sonreír.

—¿Acaso necesito tu permiso?

—¿No lo sabías?

Acurrucada sobre el cojín, María no se ha movido, y, de pie al lado del sillón, firmemente asida por la muñeca, Claudia adivina su estrecha mirada entre las pestañas —su mirada que de pronto ha pasado a estar más ansiosamente atenta.

—Anda —dice ella débilmente—, sé bueno, suéltame.

Por supuesto, él no hace caso. Un mueble emite un estallido sordo en algún lugar de la sala, y es como si toda la casa contuviera la respiración. Ella intenta soltarse, pero sin convicción, tímidamente, aquiescente ya.

De pronto, él se dirige a María.

—Dígame, por favor, ¿todavía se enseña hoy en día a obedecer? Me parece que de todos modos deberían hacerlo. ¿Qué opina?

La pequeña no contesta, y Claudia debe apoyarse con su mano libre en el sillón.

—Aunque ya no sea una niña —sigue él—, Claudia aún me desobedece a veces; acaba de ser testigo de ello. Así que debo tratarla como se merece. En su honor, no obstante, la perdonaré. Tan sólo le contará ella misma cómo fue castigada anoche.

—No —dice Claudia en voz baja—, no puedo.

Otro instante de silencio. Ella tiene la cabeza hueca, y se la oye respirar. Que termine... oh sí, que termine rápido.

—Bueno —dice él—, ya que ella no quiere decir nada, se lo va a enseñar.

Ella se ve de pronto volcada encima de sus rodillas, las muñecas reunidas en su mano izquierda por encima de la cintura, y, con su mano derecha, él le levanta la falda.

Él me había avisado. No era un juego. Pero después, le tocará a ella. Él me ha dicho: deberás dar el ejemplo, y todo lo que haga, deberás padecerlo tú antes. Sí, pronto le tocará a ella.

La levanta un poco para deslizar por delante con mayor soltura la goma de la braga, y una de sus rodillas se alza con el fin de ahuecar ese hoyuelo que tanto le gusta, justo debajo de los riñones.

—Puede mirar, María —dice él—. Ayer noche, como le he dicho, la azotaron, y éstas son las huellas. Sí, esas tres líneas oscuras...

Y ella siente su dedo que sigue ligeramente sobre su carne las marcas paralelas. Por fin, vuelve a vestirla, libera sus muñecas y la coloca de pie ante él.

—Y ahora —dice él—, puedes irte.

Ella sale sin volverse. Los ojos al suelo —pero hace un instante ¡cómo miraba!... —, María se levanta y, a su vez, rozándolo con su cuerpecillo, pasa entre el sillón y el sofá. Pasos de Claudia en los peldaños de la escalera —y el paso de María que la sigue. Un ruido de puerta arriba. Y otra vez el cálido silencio, y, en la penumbra marina asediada por la espesa vegetación del parque, el pesado olor dorado de las jeringuillas.

Él está en su despacho mirando fotografías de Claudia. Aislar el momento del tiempo, y el lugar del espacio, y el gesto del movimiento. Captar el instante de un ser y convertirlo en una imagen imposible de exhibir —una imagen para ellos—. Acto de amor ejercido sin contacto a una terrible distancia —acto que ella desea y que a él le cuesta. Te obedezco, me someto, acepto tu mirada sin tu mano, me doblego y me entrego a la orden de ese *objetivo* que eleva entre nosotros su severa y neutra exigencia. Y acepto, tras verme y reconocirme en ese cuerpo desconocido que no fue yo misma más que el tiempo de un relámpago.

Bajo todos sus ángulos y en todas sus curvas, más allá de sus sombras y de sus pendientes, está esa carne de la que su mirada espera no sé qué secreto, qué confesión. Se ha revelado la desnudez: es un límite, y todo empieza a partir de ella. Ardiente espera del gesto o de la pose en la que ella va a superarse, a traicionar lo que enmascara. Interrogación de la carne descifrada a distancia. Acecho impaciente de ese signo confusamente vigilado sobre su piel desnuda como un dios en el cielo.

Antes de conocerla, jamás había tenido ganas de *ver* a mujer alguna hasta ese punto de intimidad, y las escasas fotografías que había conservado de sus amantes constituían pruebas suficientemente claras, por su neutralidad, su falta de inspiración. Un día en que hablaba con Claudia de ese nuevo placer que él había descubierto con ella, ella le había dicho que había adivinado hacía tiempo que él llegaría a esta aproximación. «Fue muy al principio, ¿te acuerdas?... Habíamos ido a pasar dos o tres días en Touquet, y tú me sacaste fotos en la playa. ¡Oh, fotos muy inocentes! Sin embargo, había una que te gustaba más que todas las demás: ésta». Y ella puso ante sus ojos la

imagen en la que, riendo y de pie contra el viento, su vestido de lana fina, estrechamente pegado a su cuerpo, dibujaba en el hueco de su vientre un triángulo preciso. «A partir de entonces», había añadido ella sonriendo, «conozco tu vocación».

El ordena las fotografías en una caja de laca roja y la coloca en un armario de la biblioteca. En aquel momento, se abre la puerta de la habitación, y oye la voz de Claudia. Acompaña a María, sin duda. En efecto, la niña sale al porche, baja los peldaños y se aleja por el césped. Sigue observándola al lado de la ventana cuando entra Claudia en el despacho, llevando las fotografías en la mano.

La primera que coloca encima de la mesa representa a la niña echada de espaldas, el brazo derecho doblado debajo de la cabeza. Un asomo de sonrisa en los ojos. El labio inferior se adelanta con impertinencia.

—Sí —dice él tras examinarla—, me gusta mucho el movimiento de sus piernas inclinadas hacia un mismo lado. Parecen dos comillas. Pero no te quedes ahí delante de mí; ven aquí.

Ella rodea la mesa, y él, sentándole en las rodillas, le coloca con la mano su cabeza en el hueco del hombro.

—Entonces —dice él acariciándole el cabello—, ¿alguna queja? ¿Fuiste injustamente maltratada?

—Tu justicia... —murmuró ella—. ¡Y encima querías que hubiera justicia!

El sonrío, de muy buen humor.

—¿Qué te ha dicho cuando os encontrasteis a solas las dos?

—Nada... absolutamente nada.

—¿Y tú?

—¿Conque, si lo entiendo bien, crees que habría podido tener ganas de comentar mi

pequeña exhibición?

Esta vez, él siente un gran regocijo.

—Había que romper el hielo. Además, te había avisado. ¿Qué sentías hacia mí cuando estabas en mis rodillas?

—Ya no me acuerdo. Una mezcla de alegría y de turbación. Una extraña mezcla.

—¿Y hacia la pequeña?

—Me habría gustado verla en tus rodillas como ella me veía a mí.

—Ya vendrá.

—Ya lo creo.

En la segunda fotografía, María está sentada en la cama, o más bien inclinada hacia adelante, la mejilla apoyada en la rodilla de su pierna derecha doblada, la izquierda estirada hacia adelante. Hermosa mirada reflexiva. La pierna extendida encima de la cama está casi totalmente desnuda desde el borde superior del calcetín muy estirado hasta el nacimiento del muslo.

—Me gusta esta pose —dice él—. ¡Y qué promesas ya en ese abandono de los hombros y esa flexión de la cabeza! ¿En qué debía estar pensando?

—En mí.

—¿Tú crees?

—Se preguntaba si la mujer de mirada seria y gestos precisos que la ponía en escena era la misma que ella había visto pocos minutos antes echada en tus rodillas y desnuda hasta la cintura.

—En fin, ¿la intrigas?

—Sí, así lo espero. Empieza a sospechar que hay muchas mujeres en una sola. Y es un buen ejemplo para ella.

—Sí —repite él—, muy buen ejemplo.

La tercera fotografía que ella desliza ante sus ojos es más turbadora: se ve a la pequeña sentada frente al objetivo en el sillón de cuero. Rostro

grave, ligeramente inclinado. Su pie derecho se apoya sobre su rodilla izquierda y, en el ángulo abierto de sus piernas, se percibe la blancura de su pequeño slip.

—¿No se sintió molesta?

—En absoluto.

—¿Cómo lo conseguiste?

—He colocado su pie encima de la pierna, la he enfocado y he disparado, así de sencillo.

—¿Y no intentó cerrar las piernas?

—Ni se movió.

El vuelve a coger la fotografía y a examinarla con atención.

—¿Te has fijado en su mirada? Ella no ignoraba lo que tú descubrías.

—Si tú no me hubieras expuesto de aquella manera ante sus ojos —dice Claudia—, no me habría atrevido a portarme así con ella. Y quizás no se habría ella mostrado tan dócil. En fin, has hecho lo que había que hacer.

En la cuarta fotografía, su rostro está oculto por sus manos. De pie y de espaldas en el ángulo de dos paredes, los riñones arqueados, espera, es toda espera.

—Es la mejor —dice él—. No se enseña nada y todo queda dicho. Me gusta mucho.

—Me alegro.

—Me gusta realmente mucho. Eres, ¿por qué no decirlo?, una artista. ¿Cuántas te quedan aún para enseñarme?

—Me quedan dos.

La quinta tiene por escenario el cuarto de baño. María está desnuda, de pie y de perfil, en la bañera de ladrillos azules. Los brazos y la cabeza levantados, acoge en el hueco de las manos el agua que la cubre de un velo. Es un esbozo. Ningún detalle llama la atención sino, doblados en primer plano en el borde de la bañera, el vestido

corto y la ropa interior de la niña.

El señala con el dedo el montoncito de la ropa.

—¿Una idea tuya, supongo?

Ella sonríe.

—Mía, pero que tú me has insinuado en el último momento.

Él la estrecha contra su pecho.

—Me preguntaré siempre cómo puedes saber tantas cosas y no obstante ser una mujer. El hecho es que ya no tengo secretos para ti.

—Sí, queda uno. Pero éste me está vedado.

—¿Cuál?

—No sabré jamás qué sientes realmente en el momento en que...

—Yo tampoco lo sé. Pero está bien así —añade él alegremente—, de lo contrario tendríamos la sensación de ser del mismo sexo.

—Por eso —dice ella—, no te preocupes; tú no me permites esa ilusión en modo alguno.

—Ya vendrá... ya vendrá. Más adelante, cuando seamos dos árboles muy viejos con las ramas entremezcladas, tú un tilo y yo una encina.

—Cállate —susurró ella—, no sabes lo que dices. Haremos nuestro amor hasta la muerte. Y ahora, la última...

Con la punta de los dedos, como un jugador afortunado que deposita en la mesa una jugada magistral, arroja encima de la bandeja lacada la sexta fotografía: de espaldas y el pie derecho descansando encima de una silla, María ata, inclinada, la cinta de su sandalia. Con excepción de los calcetines blancos, está totalmente desnuda. Y su pequeña grupa redonda, con el surco muy apretado, polariza sus miradas.

—Así pues, ha aceptado... —murmuró él.

—Sí, sin más. Pero como un gato acepta un beso en el morro. Eso no la compromete.

El contempla pensativamente durante un largo

instante la fotografía.

—¿Habrías hecho tú lo mismo a su edad?

—Sí, creo... estoy segura.

—¿Y hasta dónde habrías llegado?

—Hasta donde tú hubieras sabido conducirme.

Más allá del jardín, en el cielo puro, el azul de la noche rozaba la copa de los grandes árboles, y el cuarto, encandilado por los perfumes nocturnos, admitía suavemente el crepúsculo.

Se pusieron en la ventana.

Ya la noche en su parque recogía

Su blanco rebaño de estrellas vagabundas...,

recitó él a media voz. Y más alto:

—Cenaremos, y luego iremos al parque. ¿Te gustaría ir conmigo al parque?

—Mientras te quiera —dijo ella—, siempre sentiré cierto temor y muchas ganas de ir.

Salieron del cuarto, abandonando en el espejo de madera lacada las seis fotografías que relucían débilmente en la penumbra.

Habían terminado de cenar. Dos candelabros teñían de un color rojizo incierto la mesa de marquetería y hacían bailar reflejos en los cobres. Ella le sirvió café.

—Naturalmente —dijo él—, ella sabía que ibas a enseñarme las fotografías.

—Por supuesto.

—Y, por lo visto, esto no le disgustaba del todo.

—Aparentemente, no.

Ella sorbió un poco de café y encendió un cigarrillo en la llama de una vela.

—¿Cómo te lo explicas?

—Ella quiere seducirte.

—¿A su edad?...

—Tú, a la tuya, la deseas, ¿no?

—Pero, en mí, es natural.

—Pues en ella también.

—En resumen, según tú, ¿todo está en orden?

—Diría incluso: todo está a nuestro favor.

—¡Ah! —dijo él cogiéndole la mano por encima de la mesa—, tuve que esperar a encontrarte para ser realmente libre. Contigo, todo es simple, confesable... Mi pequeña madre Naturaleza... —añadió con ternura.

—Y tu hijita.

—Y mi hermanita.

—En fin, ¿soy para ti todas las mujeres?

—Sí —dijo él gravemente—, sin ti no soy más que un espejo que refleja en el vacío. Tome nota, pequeña...

En el momento de salir, ella lo retuvo por el brazo.

—Olvidaba lo más importante: ella vuelve mañana a las tres.

—¿A las tres?

—Sí —dijo ella—, y esta vez se acabaron las fotos: estaremos juntas.

—Pues —murmuró él pensativamente—, los acontecimientos se precipitan, como suele decirse.

—Volveremos a hablar de ello esta noche —dijo ella soplando las velas.

—Toda la noche —exclamó él con entusiasmo—, hablaremos de ello, si quieres, toda la noche.

Se encaminaron por la alameda que conducía a lo que ellos llamaban el claro. Éste se abría, minúsculo y en forma de almendra, en el fondo del pozo de sombra de las hayas, y el césped, azulado de luna, parecía un charco de agua espolvoreado de escarcha a través de la cortina de

ramas caídas. Dieron unos pasos en su lechosa luz, y sus rostros se buscaban con la boca y la nariz, como hacen a veces los caballos uncidos lado a lado.

—¿No tienes nada que decirme? —susurró él.

Con un movimiento tímido, ella asintió con la cabeza.

—Entonces, dilo: quiero oírtelo decir.

Y ella le murmuró al oído la frase pueril que a él le gustaba escuchar.

—Sí —dijo él—, puedes. Pero no olvides: debes siempre pedir permiso. De lo contrario, ya sabes lo que te espera.

Sin responder, ella empezó a levantarse el vestido, y él se apartó de ella para ver mejor cómo bajaba su braguita y se acuclillaba lentamente en el césped. Cuando ella se hubo colocado en esa posición tan infantil y tan entregada que el corazón de él parecía fundirse, él se acercó a ella y, cogiéndola por la nuca, le apoyó la mejilla contra su sexo, vibrante y duro. Luego, doblando una rodilla en el suelo, deslizó muy despacio la mano por debajo de sus nalgas musculosas, acariciándola en la parte superior de las piernas, allí donde la piel es tan fina, en el surco de su grupa y entre los labios mojados de su raja.

—Y ahora, puedes —dijo él, pero su mano, que seguía recorriendo los muslos separados de ella, la inhibía de tal manera que no podía obedecer, y él tuvo que repetir imperiosamente la orden para que el temor venciera el pudor.

Finalmente, surgió el fino chorrito como una fuente entre sus dedos y cayó oblicuamente en el césped mientras él no dejaba de tocarla con mano tierna y mientras, el rostro sumergido en el aluvión de sus propios cabellos, ella se entregaba sin reservas a su deseo y a su turbación.

Cuando cesó el ligero crepitar, él le alzó el

mentón y la besó primero en los ojos cerrados, luego en la boca, mientras su mano, abandonando su nuca, se amoldaba en la comba de su espalda deslizándose a lo largo de ella hasta la grupa.

De pronto, ella se siente arrojada hacia adelante, los codos y las rodillas en la hierba, y siente cómo el sexo henchido de él se acaricia en ella y la penetra profundamente mientras él la coge por las caderas. Quédate. ¡Oh, quédate! Me volveré loca si te vas... me volveré loca o te odiaré. Y, cuando él se retira, ella lo insulta hasta que la mano del hombre se abate con fuerza sobre sus nalgas y la reduce, encarnada e hirviendo, al silencio. Entonces, él separa sus riñones, ella dice no, intenta resistirse, quizás simplemente para brindarle mayor placer, pero ya su sexo se encuentra en lo más estrecho de ella, y, cuando ella siente amoldarse a su culo desnudo el vientre duro de su amante, se deja caer en la hierba recia arrastrando tras ella, aplastándola y gozándola, el peso de aquel gran cuerpo que, cuando se debilita en ella, le arranca del fondo de la garganta el grito desgarrador y modulado de la pequeña lechuza nocturna.

Mediodía del día veintitrés

Ella se despertó primero, con la cabeza apoyada en el brazo de su amante y la grupa acoplada al hueco de su vientre. Siempre se dormían así, engastados el uno en el otro, como cucharas en su estuche, y a veces la mañana les sorprendía en la misma posición. Ella no tuvo que abrir los ojos para adivinar el azul del cielo filtrándose a través de las cortinas gris perla y hasta de sus párpados.

Él hizo un movimiento repentino que llevó su boca al cuello de ella, muy cerca de la oreja, y, al oír su respiración, ella sintió que la invadía una gran felicidad, como antaño, cuando ella era niña, al inicio de ciertos días de vacaciones. Sí, la muerte quedaba lejos. Mientras ella estuviera allí, enfundada en su calor, bajo el cobijo de su sueño, ella no tendría que temer ni el vértigo ni el miedo —nada de lo que en otros tiempos la había convertido en una sombra.

Y ella volvió a verle tal como lo había visto en sus primeros encuentros. Había ante todo aquella escalera que ella vencía peldaño por peldaño, agotada de cansancio, y la experiencia de su acogida de una glacial cortesía. Sentado muy erguido detrás de su mesa, o de pie apoyado en las estanterías de su biblioteca, él le hacía siempre sentir el vacío de su mirada azul, terriblemente lejana, y, protegida por el espesor de un maquillaje tras el cual intentaba ocultar la palidez de su enfermedad, ella medía la distancia —infranqueable, pensaba ella entonces— que la separaba de aquel hombre. Ella ya no se acordaba

de lo que se decían, como si hubieran conversado por signos a través de un cristal y como si ninguna de sus palabras hubiese llegado al otro. ¿Dónde estaba entonces el hombre que la tenía ahora tan estrechamente pegada a él? ¿Qué había hecho de su calor? ¿De qué hado era víctima? Él, encerrado en su frialdad, y yo en mi angustia, y cada uno por su lado viviendo nuestra ausencia de vida.

Él emitió uno de esos suspiros que solían anunciar su despertar, y su mano izquierda se apoyó firmemente en el vientre de su amante.

Un insecto en un vaso... un fuego semiapagado... un faraón envuelto en vendas... Ella acumulaba las imágenes con la serena felicidad del viajero que evoca, al término de un trayecto lleno de peligros, las dificultades del camino. Con la paciencia del instinto, ella había tenido que vencerlas una tras otra, corriendo todos los riesgos y poniendo a prueba todas las fuerzas que le quedaban. Sombrió, desconfiado, él la escuchaba hablar, interrumpiéndola sólo de cuando en cuando para precisar lo que los separaba y advertirla de la decepción que sin duda se llevaría en el obstinado intento de arrancarle la energía y el entusiasmo que él había perdido para siempre. ¿De qué profundidades de su intuición había ella extraído, durante aquella amarga primavera, su absurda obstinación? Ella sabía ahora que su cuerpo había vuelto a encontrarse, pero, durante su largo letargo, ella no vislumbraba más que confusamente sus mensajes y ella misma se sorprendía de su ciega esperanza.

Hasta aquel día gris de julio. A las tres, ella había oído su voz breve al teléfono: él la esperaba a las cinco en punto en el hall del Hotel Montalembert. Ella había contestado que allí estaría.

Las cinco y cuarto. El hall desierto, oscuro, con

sus nostálgicas plantas y sus escaparates apagados. Hundida en un gran sillón, el bolso por el suelo a su lado, ella esperaba. Frente a ella, lejos, muy lejos, un recepcionista de uniforme azul, indiferente como una imagen del destino, seleccionaba unas cartas. Apenas podía ella respirar y casi ya no le quedaban piernas.

Cinco y media. Ahora él ya no vendrá. ¿Por qué me habrá llamado? Quizás, al último momento... Y yo entonces... yo, ¿qué va a ser de mí? Y, de pronto, aparece detrás del cristal de la puerta giratoria que lo proyecta hacia ella, la coge por el brazo, la arranca del sillón, la arrastra a la calle. Usted se ha equivocado... Había dicho el Hotel Montalembert... Y usted estaba en el Pont-Royal^[1]. Hace media hora que la espero. Por suerte, tuve la idea... De lo contrario... Otra puerta giratoria. Plantas. Escaparates, éstos iluminados. Coja el ascensor. Planta ocho, habitación 93. Allí estaré. El desaparece por la escalera. Larga espera del ascensor. Me miran... estoy segura de que me miran. Por fin, llega. Me deslizo en él furtivamente, y éste despega con suavidad. Parada en el séptimo. Un piso más, que debo subir a pie agarrándome a la barandilla. Un pasillo alfombrado de rojo. Una puerta entreabierta. Allí está él, esta vez de espaldas a la ventana. Apenas me besa al cerrar la puerta de una patada y ya mi vestido ha volado. No dijo una palabra. ¡Y cómo se me ocurrió ponerme ese sostén tan sólidamente abrochado! Pero ¿qué hace? Me levanta, me vuelca, sujeta mis puños en su mano por encima de mi cintura y me arranca la braga. No, es imposible. Estaré soñando... ¡Y ahora me pega! Me pega muy fuerte. Y luego me echará al pasillo. Me castiga... seguro que me castiga. ¿O quizás esté harto? ¿Querrá acabar conmigo, asquearme de él? A menos que... ¡Qué

contundente es su mano! Estoy hirviendo. Y él me tiene sólidamente cogida. No hay modo de... Si al menos hubiera podido sospecharlo. Lo había previsto todo, todo, menos esa paliza. ¡Vaya, parece que ha terminado! Su boca. Ah sí, bésame. Quema tanto. Y ahora me dará la vuelta. Va a... Pero no. De bruces, atravesada en la cama. Y sus manos me separan, me... Ah, no, eso no. ¿Pero qué le ha cogido? Está loco de remate. Encima de mí... se pone encima de mí, y... Ah, es terrible. Y esa paliza que... Qué fuerza y qué dolor. Un hierro candente. ¿Me gusta? Oh no, a nadie le puede gustar. No se puede... Sí, me gusta. ¡Oh!, me gusta. Pero que ya no se mueva. ¡Y tú que querías castigarme, acabar conmigo! Volverás a empezar cuando quieras. Cuando quieras, volveré —incluso si todavía me duele, incluso si estoy herida—. ¿Y a ti, te ha gustado? Dime, ¿te ha gustado?

—Miel de acacia —dijo él—. Y la etiqueta está escrita a mano... Ya sólo nos falta una abuelita en la cocina.

—¿Otra tostada?

—¡Tres!

—Y pensar que me decías que jamás tenías hambre por la mañana...

La mesa en la que desayunaban, bajo la glicinia de largos racimos, estaba cubierta de un mantel a cuadros rojos y blancos en el que el sol jugaba al ajedrez con sus piezas de luz movidas por sus rayos oblicuos. Más abajo, al pie de la terraza, el penacho de la cola de una ardilla saltó tres veces en el sol del césped del jardín y desapareció entre las hojas grises de un cedro. Ella llevaba aquella mañana un vestido oriental tan provocativo y tan altanero que lo llamaba a la vez de saqueo y ofrenda.

—¿Y si no viene? —dijo ella.

—Ninguna duda.

—Aun así, ¿y si no viniera?

—Iría a buscarla.

Él terminó el café manteniendo un instante el calorcillo mofletudo de la taza en el hueco de la mano y encendió un cigarrillo.

—Me pregunto si tú no lo deseas todavía más que yo.

—¿Te refieres a María?

—Me refiero a María.

Ella lo miraba con un asomo de sonrisa en el fondo de los ojos.

—¿Qué te hace creerlo?

—Pues tu interés en descartarla.

—Así pues, de los dos, ¿eres tú el celoso?

Él tuvo la ocurrencia de reírse.

—Este asunto no está del todo claro. A fin de cuentas, una niña es el recuerdo de una mujer.

—¿Y?...

—Y tú deberías estar al menos un poco celosa.

—Lo estoy un poquito. Pero ¿acaso no vale la pena que lo esté si me necesitas para domarla, para darle ejemplo?...

—¿Y si deseara a una mujer... a una mujer de verdad?

—Una mujer te juzgaría. Lo quiera o no, seríamos cómplices. Y no quiero serlo más que contigo, sólo contigo.

—Así pues —dijo él—, ¿la pequeña María es nuestra única solución?

—La única. Es nuestra, la haremos juntos y seremos lo que hagamos de ella. ¡Hermosa experiencia!

—Ah, por favor, cállate: vas a volverme tímido.

—No es una broma. Ella lo tiene todo por aprender. Tienes que ser un buen maestro, y no será fácil.

Permanecieron en silencio, y, una vez más, él tuvo la impresión de que ella no se lo decía todo.

—Pero —añadió él, no sin cierta torpeza—, el placer que pueda yo sentir con ella...

Un fulgor cruzó el agua negra de su mirada.

—Que sentirás —dijo ella—, lo sé. Sí, me gustaría verlo. Cuando me haces el amor, estoy demasiado ocupada con mi propio deseo. Pero esta vez, por fin, tendré los ojos bien abiertos. Veré tu rostro.

Él no contestó. Esta vez, ella lo había dicho todo. Podían pues ir más lejos juntos.

Cuando él se levantó de la mesa de su despacho, eran las doce en punto, y afuera el sol caía de plano sobre la terraza. Hacía dos horas que trabajaba —dos horas durante las que no había visto a Claudia—. Por las rendijas de los postigos, un rayo luminoso, espolvoreado de oro, iba a iluminar encima de su mesa una piedra de río rojiza, estriada de verde. La cogió en la palma de la mano, y su duro frescor impregnó su mano cansada. Ella está ahora en mi vida como esta piedra en mi mano, pensó él. Mi vida ha vuelto a cerrarse sobre ella. Debo tenerla siempre cogida como tengo cogida esta piedra.

En aquel momento, su mirada, que se zambullía distraídamente en el fondo del jardín a través de la abertura de los postigos, se fijó en la masa tupida del castaño, al otro lado del césped: era como si una lucha entre pájaros moviera desde el interior el revuelto espesor de las hojas. Y, de pronto, dejándose caer de las ramas más bajas, un joven saltó con agilidad al césped y, apoyando la espalda en el tronco del árbol, encendió un cigarrillo. Iba con los brazos desnudos, tenía el pelo rubio, el cuello robusto. Con sus tijeras de

jardín abiertas y sujetas al cinturón, parecía estar en su casa en aquel árbol y era como si, de un salto, al menor ruido humano, fuera a volver a su casa de hojas y desaparecer en ella como un dios.

Pero ahí va Claudia. Lleva una rosa encarnada en la mano. En el momento en que aparece a lo largo del viejo muro gris recubierto de enredadera, se chupa el dedo. El joven ha girado la cabeza, y ella se dirige hacia él. El no levanta el vuelo, ni tan sólo se esconde, si no que simplemente se quita el cigarrillo de entre los labios. Ella le da la mano que él coge con precaución —una gota de sangre debe brotar al final del índice—, él la examina y sonríe. En fin, nada más corriente: un hombre que se deja caer de un árbol, al igual que un gato de leyenda o que un dios de los jardines, y ella que le da la mano tras una vuelta por el parque. Ahora, con el brazo levantado, ella señala algo en lo alto del árbol y, como él no parece verlo, ella se acerca a él de un paso y apoya naturalmente la mano en su hombro. Sus labios se mueven en silencio. El asiente con la cabeza. Unas palabras más, una sonrisa, y ella se aleja mientras él vuelve a colocar el cigarrillo entre los labios y la mira dirigirse hacia la casa, en su vestido desplegado como una vela, en medio de la espuma de la hierba.

Ella deslizó la flor en un jarro de cuello alto que colocó encima de la mesa del despacho.

—Mira —dijo ella enseñándole el dedo—, me pinché mientras la cogía.

—Sí, lo sé.

No pareció sorprendida.

—Bueno —dijo ella simplemente—, ¿qué te ha parecido?

—Mitológico. ¿Puede saberse de dónde baja? Imagino que no vivirá en el árbol.

—No, pero lo ama profundamente. Hace ya

tres mañanas que viene aquí a lavarse.

—¿Quién es?

—El hijo del viejo Roberto, el que se rompió la pierna por Pascua. Se prepara para ser especialista en aguas y bosques.

—¿Cómo lo has conocido?

—Vino a pedirme si podía reemplazar a su padre.

—¡Hermosa sorpresa!

Un asomo de sonrisa se esbozó en sus labios.

—Así es —dijo ella.

—Confieso que, en materia de aterrizaje, no se puede pedir más. Sabrás, por supuesto, que tú le gustas.

—Por supuesto.

—¿Te lo ha dicho?

—No, todavía no.

—No esperará mucho tiempo. Y a ti, ¿te gusta?

—Me gusta su nuca.

—¿Sospechabas que os observaba hace un rato?

—Lo deseaba.

—¿Por qué?

Ella se llevó la rosa a la boca y mordisqueó un pétalo enseñando sus dientecillos.

—Lo sabes muy bien —murmuró ella deslizándose hacia él una larga mirada a través del terciopelo de sus pestañas—. No te hagas el inocente. Y ahora, ¿por qué no bebemos algo?

—Tú, pequeña —observó él mientras rodeaba con un brazo sus hombros—, no pierdes nada por esperar.

Y salieron del despacho donde la rosa, cuyo corazón se había rasgado, se desfloraba ya encima de la mesa.

—Nada mejor que el vino tinto —dijo ella,

colocando el vaso encima de la mesa—. Y a ti, ¿te gusta? Parece que realmente te gusta.

—Creo que empieza a gustarme.

—Al menos, algo te habré enseñado.

—¡Oh! —dijo él—, me enseñas cosas todas las mañanas... y todas las noches. Si sólo fuera el vino tinto... ¡Ah, ahí viene el dios de los jardines!

Ella se levantó apresuradamente y fue a apoyarse en la balaustrada cubierta de musgo.

—¡Hervé!

El joven levantó la cabeza. Masticaba una hierba. Un ligero sudor, de un olor sin duda algo áspero, hacía brillar la sólida base de su cuello.

—¿Sería tan amable de ir a buscarme tres ramitas de avellano? Luego venga a tomar una copa con nosotros. Gracias...

Sin tan sólo esperar una respuesta, ella volvió a sentarse, las rodillas entre las de su amante.

—¿Un poco más de vino? —propuso ella con voz suave.

—¿Y si decidiera azotarte delante de él?

Ella parpadeó.

—¿Quién te lo impide?

—Únicamente saber si esto me causaría placer. Lo pensaré. En todo caso, lo tienes merecido.

—Merezco siempre todo lo que me inflinjas —confesó ella alegremente—, incluso cuando tú no lo sabes.

—Si al menos sintiera algún remordimiento, eso me liberaría.

—Espero que jamás sientas remordimiento alguno conmigo. Me sabría muy mal. Siempre me horrorizó la novela rusa.

—Y yo, que acabo de salir de ella. No... Se acabó la novela rusa. La mano pesada y la conciencia ligera, a la francesa.

Se pusieron a reír, y el dios de los jardines los encontró muy alegres cuando surgió ante ellos, su

ramo de varitas en la mano. Claudia simplemente los presentó. Luego cogió las varas.

—¡Sí!, —dijo ella—, son exactamente como le gustan al señor: a la vez finas y flexibles.

Hubo un silencio, y el sol pareció aún más inmóvil, y las cigarras más estridentes. Ella llenó un tercer vaso que ofreció a Hervé, quien tuvo buen cuidado de llevar su boca al mismo lugar del borde en el que los dedos de la joven acababan de dejar un ligero vaho.

Ella llegó, fresca y lisa, a la hora más cálida. Él ya estaba en la cama, recostado, leyendo. Un ardiente sopor filtraba su penumbra malva por los pliegues de la persiana. Debió dormitar un instante. Cuando volvió a abrir los ojos, estaban las dos al pie de su cama.

—Aquí está —dijo Claudia—. Ha venido. Ha venido, y tú dormías.

—Me despierto, y ella está aquí. Pero acércate. Vamos, María, acércate.

Ella obedece, él le coge la mano y le besa la palma donde su destino se perfila aún incierto. Su falda corta de tela roja y su blusa blanca con las mangas arremangadas. Su finísima cadena de oro en la abertura del cuello. Sus sandalias blancas. Ella lo observa a él gravemente, la cabeza un poco ladeada sobre el pecho.

—Tengo calor —murmura Claudia.

Ella sigue llevando el vestido oriental amplio y largo (y él piensa que, así trajeada, ella quiso recalcar con esplendor ante María el derecho que ella tiene sobre ésta).

—Quítate el vestido —dice él.

Ella pone con lentitud al descubierto un hombro tras otro, y la tela se desliza a lo largo de su pecho hasta la cintura donde queda retenida

por un cinturón. No lleva sostén, y él admira la belleza de sus senos, pequeños y jóvenes, con puntiagudos y pálidos pezones.

—El cinturón...

Sus manos toquetean por debajo de la tela, encuentran la hebilla, y el vestido cae de golpe. Claudia está de pie, a un paso detrás de la pequeña María, cuyos ojos siguen fijos en el suelo —y él, quien sigue cogiéndole la mano, aprieta ligeramente sus dedos.

—Mira —murmura él—. Un día tendrás un cuerpo tan bonito como éste, sus mismos pechos erguidos. Un día serás como Claudia.

La pequeña María gira la cabeza y lanza una rápida mirada por encima del hombro.

—Ahora le toca a ella —dice Claudia.

María no se mueve, no contesta. Suspira.

—Creo que no me ha oído —y Claudia, levantando la voz, precisa—: que se desnude.

La mano de la pequeña se ha estremecido. Claudia la coge entonces con suavidad por los hombros, a los que acaricia adelantando los dedos hacia la parte delantera de la blusa. Pero, en el momento en que desabrochan el primer botón, María se libera de pronto y se lanza de un salto hacia la puerta. Apoyada de espaldas contra uno de sus paneles, fija su mirada sombría en Claudia, y, con su naricita fruncida, sus ojos rasgados, es como si fuera a resoplar como un gato furioso. Un instante de inmovilidad, de silencio. Un gesto torpe, una palabra de más, y ellos la pierden. Por fin, habla él.

—Vuelve, María, no tengas miedo. Ella ya no te tocará sin mi permiso, y sólo se lo daré si tú quieres. Le he pedido que se quitara el vestido porque es mi mujer y porque debe obedecerme. Pero no tengo derecho alguno sobre ti. Ella tampoco lo tiene, y la castigaré por haberlo

olvidado.

El estira la mano hacia Claudia. Ella se acerca con cierto temor, y él la coge por la muñeca, la vuelca hacia delante sobre sus rodillas. Ella intenta incorporarse, pero, sentándose en el borde de la cama, él bloquea debajo de su pierna derecha las piernas desnudas de Claudia mientras reúne sus dos muñecas en la mano izquierda. Así cogida, ella no puede escapar a la paliza prometida el día anterior y que ahora le será administrada delante de la pequeña María. Sin embargo, muerta de vergüenza, ella intenta debatirse y consigue aflojar un poco su presa con el fin de mejor gozar de su desvarío. Luego, lentamente, él le baja la braga con la mano derecha y con la izquierda apoya con fuerza sobre el hueco de los riñones con el fin de hacer resaltar su grupa. Ella es redonda, infantil, y el surco que la divide y que prolonga entre sus muslos, ligeramente separados, la raja de su sexo es de una conmovedora estrechez. El levanta los ojos hacia María, petrificada, que los mira.

—¿Cómo vamos a castigarla? —pregunta él—. Puedes hablar. Escucho.

Y, como no contesta nada, él sigue:

—¿Qué prefieres? ¿Que sea una paliza rápida y muy fuerte, o más lenta y con mano menos dura? Anda, decídetelo. ¿Rápido y muy fuerte?

Ella ha asentido con un imperceptible movimiento de la cabeza, y, con esta señal —el primero que ellos reciben de ella—, él sabe que ella entra en el juego y que ya no volverá a salir.

Rápido y muy fuerte. La palma abierta, levantada con lentitud, ha quedado un instante en suspenso encima del globo de carne que se contrae. Ella ha cerrado los ojos, apretado los dientes y juntado las rodillas. El prolonga intencionadamente la espera, atento a su propio

deseo, deslumbrado por su misterio. Finalmente rompe el encanto, deja caer su mano con fuerza, haciéndola sobresaltarse sobre sus rodillas. Cinco, seis, siete veces, rápidamente él la ha marcado, empeñándose en amoratar toda la redondez de sus nalgas en las que su mano rebota siempre más alto, como si, al quemarse en ellas, él aumentara siempre más su impulso. Al terminar, él le pide a María que se acerque y, lentamente, ella obedece. Él le coge la mano —su pequeña mano fresca— y la coloca un instante, abierta, sobre la grupa de Claudia.

—¿Te parece bastante?

Ella dijo sí con un parpadeo, retirando aprisa la mano. Entonces, él ayuda a su amante a incorporarse, luego, con una señal, le indica un rincón de la habitación al que debe retirarse.

—Ven —dice él a María.

Él ha colocado sus manos en sus estrechas caderas; la ha sentado en sus rodillas y acaricia las de ella. Suavemente, piensa él. Ningún gesto demasiado brusco. Sobre todo no atemorizarla —y la niña es como un arma entre sus dedos, un arma peligrosa que requiere un manejo muy delicado—. Jamás ha estado tan atento y tan dueño de su deseo, y él experimenta, al mantenerlo tan controlado, una euforia tierna en la que se encuentra y se centra.

Ella está ligeramente reclinada sobre su brazo izquierdo, y su cabeza ha ido a alojarse contra su cuello. Él le besa la sien, allí donde nace el pelo que huele a helecho, y su mano ha penetrado debajo de su falda por la parte exterior del muslo. Ella no se mueve. Parecería dormida de no ser por su respiración algo corta y por la contracción sobre sus rodillas de la pequeña grupa. Cuando él alcanza con la punta de los dedos el borde tenso de su braga, él se detiene un instante, luego su

mano gira sobre sí misma sin prisas y se mete por el hueco de sus piernas que ella vuelve a apretar —y él espera sin insistir mientras le besa el pelo, la mejilla redonda y la boca—. Por fin, él siente que sus rodillas se separan imperceptiblemente, y el borde de su mano puede apoyarse sobre el triángulo liso donde madura en secreto el suave monte de su sexo. Él la acaricia lentamente, con un movimiento igual y suave, y ella se reclina un poco más y se abre aún más. Entonces, él retira su mano, desabrocha su blusa y pone al descubierto su pecho frágil donde apenas se esboza la redondez de sus senos. El toquetea un poco para desabrochar la falda por culpa de un botón cogido por una argolla y una cremallera obstinada que finalmente cede. Levantando un poco a la pequeña, él hace deslizar la falda a sus pies, en la alfombra. Ella se acurruca en sus brazos, y él la abraza con ternura —ternura con la que jamás abrazó a mujer alguna.

Y ella está ante él, de pie, las rodillas juntas, los ojos gachos. Su cuerpo estrecho es como una flor de lis en el espesor sombrío, y, cogiéndola por las muñecas, él la contempla, embelesado. Un poco más allá, y como la proyección en el espacio y en el tiempo de aquella desnudez infantil, él entrevé el cuerpo de Claudia y, captando su mirada, él le hace la señal de acercarse. Ella obedece.

Acercándose a María por detrás, ella desliza las manos por debajo de sus brazos y la estrecha contra ella apretando sobre su pecho. Él observa cómo las manos de su amante bajan hacia las pálidas caderas, se entretienen un instante a la altura de su cintura y empiezan muy lentamente a deslizarse hacia su bragueta.

María está totalmente desnuda. Claudia la ha cogido por las muñecas y, abriéndole los brazos, la

propone así desplegada a los ojos de su amante. Él la mira un largo momento. Por fin, él hace una señal, y la joven la deja y se aparta. Entonces María vuelve a vestirse y se va sin una palabra.

Él vuelve a meterse en la cama, adonde Claudia va a acostarse a su vez.

Hubo en el corazón de la noche un golpe de viento furtivo y, entre los helechos, muy arriba por entre las ramas, un ligero susurro de agua.

—Escucha —dijo ella en voz baja.

Permanecieron inmóviles. A su derecha, como sólidamente arropado por las ramas colgantes, un muro de piedra seca, derruido en varios lugares, perfilaba su sombra tosca. Más allá, se extendía el campo.

—He oído pasos.

Ella adivinó su sonrisa y, como él intentaba llevársela, lo retuvo por el codo.

—Hay alguien, estoy segura.

—Sí, quizás.

—Has oído, ¿no?

—No, pero he visto.

—¿Has visto a quién?

—A nuestro dios de los jardines.

—¿Cuándo?

—Hace un rato, por la ventana de la habitación. Se escondía detrás del muro de la terraza. Anda, ven.

Ella se apretó contra él.

—¿Detrás del muro de la terraza?

—Sí. Supongo que esperaba a que te desnudaras.

—Y hemos salido...

—No te preocupes por eso. No lo decepcionarás.

Él giró de pronto hacia el bosquecillo,

apartando con una mano las ramas, y ella lo seguía tropezando, agarrada a su brazo.

—¿Adónde vas?

Él no contestó. Una rama le azotó el rostro, y ella emitió un gritito. De pronto, el enorme tronco estuvo ante ellos, atravesado en diagonal por el suelo del claro, y, cuando ella tropezó en él, sus dedos se hundieron en el seco espesor del musgo.

—Tu vestido —ordena él—. Levántalo. Quiero que él te vea.

Ella obedece, y, a pocos pasos de ella, él la mira. Transcurre un momento. Por fin, un crujido de hojas muertas. Entonces él se acerca, la coge por los hombros.

—¿Desde hace cuántas noches viene a mirarte mientras te desnudas?

Ella sonríe, la cabeza un poco baja, y de pronto él la abofetea con todas sus fuerzas con la palma y el dorso de la mano, y, debido al golpe, ella choca con el tronco contra el que él la empuja y la vuelca. Echada de espaldas, la cabeza colgando a un lado y las piernas a otro, envuelta por el áspero olor a humus, ella entrevé, por encima de su cuerpo, el despliegue de las pesadas nubes que ahogan la luna. Él se arroja sobre ella, le arranca la braga y le separa las piernas. Esta noche, él no quiere que ella obtenga placer alguno. Sólo quiere castigarla, imponerle su sexo. Pero ¿qué puede él contra la alegría de su sufrimiento? Así quemada y rasgada, ella conoce lo que jamás había conocido aún y lo confiesa en un gemido de felicidad. Entonces, él se retira de ella, la coloca de bruces y, cogiendo sus nalgas con todas sus manos, abre y fuerza su ojeté en el que penetra brutalmente. Ella aúlla, y él la hurga con furor hasta que explota en ella y se deja caer encima de sus riñones desnudos, clavándola como un gran pájaro blanco en el árbol muerto.

El venticuatro por la mañana

Haciendo sonar el timbre de cobre, él empujó con fuerza la puerta del colmado, que siempre se atrancaba un poco por arriba. El olor —el viejo olor de antaño— los envolvió. ¡Cuánto le gustaba ese olor!

—Entonces —dijo Claudia—, ¿por dónde empezamos?

—Por un melón. Un buen melón para empezar. ¿Qué te parece?

—Me parece que me gusta ir de compras contigo. Sobre todo comprar cosas que se coman. Hay que ser dos para eso.

—Sí —dijo él—. Ir solo al mercado, ¡qué tristeza!

La tienda estaba desierta y era muy grande, aunque atiborrada de toneles, pots y toda una panoplia doméstica colgada del techo.

—Aquí —dijo ella—, estoy segura de que todo es de verdad: el vino, el azúcar, el café... Nada es químico, aquí. ¿No crees?

—Creo que sí. Lo fabrican todo en el sótano. Un sótano de verdad.

Alguien tocaba el piano en sordina encima de sus cabezas, y cuando, para escucharlo, se quedaron en silencio un instante, les pareció que la sombra se volvía más fresca y más enriquecido el olor a vainilla.

—Pase lo que pase —dijo ella—, jamás olvidaré ese piano.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás porque soy feliz. Y tú, ¿lo olvidarás?

—Claro que no —dijo él—. Vivimos en lo inolvidable. Vaya suerte tienen con nosotros los malos pianistas oídos al azar...

—No deberías hacer bromas.

—No —dijo él con ternura cogiéndole la mano—, tienes razón. Todo eso es tan hermoso... tan hermoso y tan frágil. No hay que reírse.

Una viejita con un vestido de algodón negro y un delantal oscuro con florecillas apareció por la escalera.

—¿Qué desean? —preguntó ella—. No se oye el timbre desde abajo. Además, me estoy volviendo sorda.

—No se preocupe —dijo Claudia—. No tenemos prisa.

—¡Oh, a su edad!... —dijo la vieja—. ¿Qué más quieren?

—Que dure mucho tiempo —dijo él—. Y, además, un melón..., un buen melón para la comida.

La calle —la calle mayor del pueblo a las diez y media de la mañana— se desperazaba el sol. Cogidos del brazo, se dirigieron paseando hacia la placita de las Hierbas. Les gustaba su fuente de piedra rodeada de plátanos y el bar con un toldo azul en el que siempre que iban al pueblo tomaban anís.

Cuando se hubieron sentado a su mesa, al abrigo de los arbustos,

*Ven, amada mía, salgamos al campo,
Durmamos en los pueblos,*

recitó él.

—¿Ya existían ciudades en la época de Salomón? —preguntó ella.

—Claro que sí. Y ya entonces desconfiaban. ¿Cómo puede quererse la gente en las ciudades?

—No se puede —dijo ella—. En la ciudad, no

se puede querer. ¿Te acuerdas?

Sí, él se acordaba. En aquella época, al no ser libres ninguno de los dos, se encontraban de escondidas, una o dos veces por semana, después del almuerzo o hacia las seis de la tarde. Jamás podían pasear juntos, y el tiempo de la cita era siempre contado. Primero, se encontraron al final de la Rué de

l'Université

, en la verde orilla de Champs de Mars. La reluciente escalera estaba tapizada de rojo y las dobles puertas barnizadas, en cada planta, llevaban adornos de cobre. Él llegaba siempre el primero. Envuelto en cortinas y lleno de un tibio silencio, el apartamento se abría a él como un escondrijo. Él se recostaba en un sofá. Los nudos iban deshaciéndose. Cuánto le gustaba esperar... A la hora indicada, él apoyaba la frente en la puerta y aguardaba el ronroneo del ascensor, su suspiro metálico al llegar a la planta, y por fin la figura de ella en el fondo de la mirilla luminosa donde se ahuecaba el espacio curvo del rellano.

Luego fue el Quai de la Tournelle, al principio de un verano bochornoso y gris. La casa era somnolienta, y los peldaños de la escalera estaban usados en el centro. Él la acechaba a través del tul marchito de una cortina blanca. El ruido sordo del portal anunciaba su llegada. Ella surgía de debajo del arco de la entrada, con un vestido azul, atravesaba el patio envuelto en sombras y se metía en el hueco de la escalera. Él iba hacia la puerta y la entreabría antes de que llamara. El apartamento era pequeño, precariamente amueblado y bastante sombrío. Desde la habitación, oían el lejano rodar de los coches en el muelle. Como ella estaba en el campo con su familia y cada vez debía encontrar un pretexto para ir a París, se vieron poco en aquella época, y siempre a toda prisa. Un día, sin

embargo, ella le anunció que había logrado tener la noche libre, pero no se encontró bien, y nada ocurrió como lo habían planeado.

En el otoño siguiente, encontraron refugio en una habitación amansardada en el último piso de un viejo edificio del barrio de Saint-Germain. Lejos de disminuir su placer, la extrema pobreza del lugar le otorgaba un mayor valor; no obstante, él temía que ella se entristeciera en aquel sórdido escenario y que la conjura de la ciudad y de la vida se le hiciera muy pronto insoportablemente agobiante. Entonces, él le decía que un día, más adelante, abandonarían París para vivir en una casa de pueblo donde vivirían juntos para siempre, noche y día, sin volver a mirar la hora, ya que habrían realizado la promesa y la mantendrían decididamente durante todo el tiempo que les quedara de vida. Ella no se lo creía mucho, en aquella época, y, a decir verdad, él tampoco. Sin embargo, el milagro tuvo lugar, habían podido liberarse, irse y encontrar el lugar con el que habían soñado juntos.

—Sí —dijo él—, me acuerdo muy bien. Ya nos hemos salido, por suerte. Creo que habríamos muerto si no hubiéramos podido irnos.

—Cuando todo funciona bien —dijo ella—, me gusta recordar los días tristes que ya pagaron.

Con los ojos cerrados, ella ofrecía al sol su rostro liso. Hubo un instante de silencio entrecortado por la risa aguda de la fuente. Y luego, ella oyó su voz.

—Mira...

Ella abrió los ojos con pesar.

—Allá... Mira.

En un extremo de la plaza, en el cruce de la calle de la Iglesia con la Plaza de las Hierbas, Hervé y la niña conversaban. O más bien hablaba él, apoyado con un hombro al muro, y ella,

sentada en su bicicleta, un pie sobre un mojón, escuchaba, baja la frente, seria la expresión. Llevaba una falda roja con tirantes y una blusa blanca con las mangas arremangadas.

—¿Conque se conocen? —dijo él.

—No lo sabía. Ella no me habló jamás de él, ni él de ella, por supuesto. ¿Qué deben decirse?

—Quizás hablen de nosotros.

—¿Tú crees?

—¡Quién sabe!

—Quizás ella le guste...

—¿La pequeña María? Me extrañaría. El no piensa más que en ti.

—Lo prefieres así, ¿no es cierto?

Él sonrió.

—Sí —dijo él, porque tú eres mía y porque no temo perderte.

Ella bostezó volcando un poco la cabeza.

—Procura, pese a todo, temer un poquito —dijo ella—. Por mí. Además, como dices tú, ¿quién sabe?

No habían vuelto para almorzar. A pocos kilómetros de su viejo caserón, a la derecha de la carretera, ella había visto, oculta entre los árboles, a la orilla del agua, y como queriendo pasar desapercibida, una casa con el techo cubierto de tejas rojas. En el ángulo del camino que conducía hacia ella, un viejo letrero de madera decía en letras de alquitrán: *Venta de los tilos*.

—Parémonos —dijo ella.

—¿Por qué?

—Me gustaría almorzar aquí.

Él dio marcha atrás y se metió por el sendero arenoso que conducía al portal. El gran patio cuadrado estaba vacío. Un soplo de aire golpeó de pronto un postigo, y el cielo se oscureció.

—Habrá una tormenta —dijo él.

La sala a la que entraron era estrecha y baja de techo. Las ventanas se abrían al río. En el fondo, detrás de una barra de caoba, una mujer, vestida con un pantalón de cuero negro y una blusa del mismo color, bebía, la cabeza apoyada en la mano. Era rubia, alta y delgada, y la mirada que levant  hacia ellos, taciturna y glacial.

— Podemos almorzar? —preguntó Claudia.

—No, ya no sirvo comidas.

—Entonces, denos algo de beber.

Ella se alzó ligeramente de hombros y dijo:

—Como quieran.

Se sentaron a una mesa a la que ella llevó las bebidas. Las patas juntas, un gato negro muy grande los observaba, los ojos semicerrados, desde lo alto de un trincherero. Un vago olor a moho flotaba en la penumbra.

—Vámonos —dijo él.

—Pero si acabamos de llegar.

Ella no apartaba la mirada de la mujer rubia quien, de pie detrás de la barra, había vuelto a beber.

—No me gusta esta casa —insistió él—.  Por qué has querido venir?  Qu  te retiene aquí?

—No lo s . Esta mujer, quizás.  Crees que vive sola aquí?

Un ruido de vaso roto la interrumpió. La mujer dio un paso hacia ellos. Creyeron que iba a caer, pero ella se aguant  en la barra y se encamin , agarrada a la barandilla, hacia una puerta interior que abrió con torpeza. Claudia se levant  sin decir nada.  l la retuvo por la muñeca.

— Ad nde vas?

—Ya lo sabes.

 l la soltó, y ella se alejó hacia el fondo de la sala. Tras vaciar su vaso, él salió al terraplén y se encamin  hacia el río. Al abrigo de una cortina de

salces, un viejo embarcadero de madera se adelantaba entre los juncos. Amarrado a él con una cadena, un fantasma de embarcación aparecía a flor del agua gris. El olor mojado de la madera podrida se mezclaba con el perfume de la madre selva. Él miró hacia la casa. Las dos ventanas del primer piso tenían cerrados los postigos. Él los contempló un instante, luego, revirando hacia el agua adormecida, encendió un cigarrillo.

La sala seguía desierta y, al atravesarla, apartó con el pie grandes pedazos de cristal. Justo detrás de la puerta, en el fondo, arrancaba la escalera que él subió en silencio hasta el último escalón en el que se sentó, la espalda contra la pared. Por la puerta entreabierta, él entreveía en la sombra el pie de una cama y el espacio encalado de un tabique. Claudia estaba apoyada en él, mirando hacia la cama donde la mujer estaba seguramente tumbada. Hablaba con voz ronca:

—Vendrá. Sé que él vendrá. Suelen llegar al anochecer. Quizás porque los espero a esa hora, y él lo sabe. Es inteligente. No lo he querido por eso, pero hay que reconocerlo: es inteligente. Usted me dirá que le importa un comino y tendrá razón. Pero ¿por qué ha venido entonces? ¿Y por qué se queda? No la conozco. Por suerte. Si la conociera, no le diría nada. Esperaré solamente a que usted se vaya, y luego hablaré sola. Hablo muchas veces sola. No viene mucha gente, entonces bebo, y hablo. O duermo. Duermo mucho. Duermo, bebo y me acaricio. Y tú, ¿te acaricias? ¿Todavía te quiere tu hombre? ¿Todavía te quiere? Entonces, aprovéchalo. Pasa rápido. Al principio, no se puede saber. ¿No encuentras que está oscuro? ¿Por qué no dices nada?... ¡Oh, además qué más me da!

Todo lo que podrías decirme... He ido demasiado lejos. Ya soy irrecuperable, sobre todo con palabras. ¿Sabes por qué no abro jamás los postigos? Porque en la oscuridad, ya no existe el tiempo. A veces me digo que se acabó... que he llegado al fin, y luego pienso que, si fuera realmente el fin, no lo sabría. Si pudiera no despertarme ya... Me atiborro de pastillas, pero me despierto siempre. Mamá se fue anteayer. Ahora estoy sola. Lo prefiero. Pero creo que voy a cerrar. Sería mejor. Pero, si cierro, ya no volverán, y yo necesito verlos. No debería, lo sé. En fin, es así. Se ponen siempre en la mesa en la que estaba usted hace un rato y, en cuanto se sienta, él la acaricia por debajo de la mesa. Lo hace para que yo lo vea. Entonces yo miro, y él se ríe. ¡Nos divertimos bastante los tres! Una noche, lo sé, él la traerá a mi habitación, y yo estaré ahí donde estás tú, y ellos estarán donde estoy yo, en la cama, y harán el amor delante de mí. Tenemos que ir hasta el final, ¿entiendes? Si les veo hacer el amor, ¡creo que ya no me saldré de esta historia! Creo que es lo que espero: que él le haga el amor delante de mí. Mientras no lo haya visto, no me liberaré. ¿Qué te pasa? Quizás si les veo... una vez, tan sólo una vez... dejaré de pensar, de imaginar. Ya no me preguntaré si él le hace el amor como a mí. Me gustaría saber eso. Según tú, ¿crees que los hombres hacen el amor de la misma manera con todas las mujeres? En cierto sentido, sería terrible. Ella estaría ahí, como yo, igual a mí, pero sería ella, no yo. ¿Te das cuenta? Ella estaría viva y cálida, y yo muerta, apoyada contra la pared (una muerta que ve, que oye), una muerta que se acuerda de cuándo estuvo viva. En el fondo, es quizás lo que quiero, dejar de oír, dejar de recordar. Dame un poco de agua, ¿quieres? Se asfixia uno de calor en esta habitación. ¿Por qué

no te acercas? No, en la cama. ¿Por qué no quieres? Oh, no tengas miedo, no me gustan las mujeres. Quisiera sólo tocarte, porque a veces acabo por preguntarme si todo lo que siento no es más que en mi cabeza... si realmente hay algo verdadero, real fuera de mi cabeza. ¡Si sólo pudiera dejar de pensar! ¿Qué hora es? ¿Crees que vendrán esta noche? ¿Crees que esta noche será cuando vengan a hacer el amor en esta habitación? Antes, cuando estábamos juntos, a él le gustaba que me acariciara delante de él. Ahora, lo hago a solas. Tengo ganas de acariciarme. Quizás me duerma después. Mírame... No, quédate. ¡Oh, por favor, no te vayas! Estoy tan sola...

Claudia apareció en el umbral de la puerta de la habitación. Él se levantó. La mujer en su cama seguía hablando, pero su susurro se había vuelto ininteligible...

—Ven —dijo Claudia—, vámonos de aquí.

Bajaron precipitadamente la escalera, atravesaron la sala desierta y se encontraron afuera. Más allá del patio, en la soledad inmóvil bajo una luz apagada, entre dos setos de moras polvorientas, arrancaba el camino privado que llevaba a la carretera. Él giró la llave del contacto.

—¿Volvemos a casa?

—Sí —dijo ella y, con un suspiro, se recostó en el asiento de cuero.

No intercambiaron palabra alguna hasta la llegada a Rune. El cielo había vuelto a oscurecer, y, cuando el coche atravesó el portal del jardín, las primeras gotas de lluvia se estrellaron contra el parabrisas.

Almorzaron tarde, y él se retiró a su despacho a trabajar, pero renunció a ello muy rápido y,

yendo a su cuarto, se dejó caer en la cama. Presente aún en el día incierto, la tormenta emitía, de cuando en cuando, los glaucos ronquidos de una gran fiera que sueña. Él miró hacia la ventana donde se inscribía, en una suerte de estupor, la pesada impasibilidad de las hojas. Un silencio aún más pesado debido a la luz equívoca —un silencio de muerte, pensó él con un poco de angustia— parecía rezumar de los muros. Cerrando los ojos, él intentó conciliar el sueño.

Pero entró Claudia.

—¡Ah! —dijo ella—, estás ahí... Creía que estabas trabajando.

—¿Te decepciona? Puedo irme, si quieres.

Ella se alzó ligeramente de hombros y empezó a desnudarse. En el hueco de los pechos, un poco de sudor relucía sobre su piel morena. Él desabrochó su camisa e hizo deslizar su pantalón. Permanecieron acostados un momento, el uno al lado del otro, sin moverse, sin tocarse, luego él colocó su mano sobre el sexo de la joven. Ella no entreabrió las piernas, y, cuando él se giró hacia ella, él vio que sus ojos estaban cerrados.

No tendría que haberme acostado a su lado. Puesto que no tenía ganas, no tendría que haberme acostado. Y, sin embargo, es su mano, su calor, lo quiero, él me acaricia —y ya no siento nada—. O más bien sí: pero es mi cuerpo el que siente. Yo me mantengo a distancia. Y él intenta en vano alcanzarme. Él se dará seguramente cuenta de que yo ya no estoy en mi cuerpo, que ya no estoy en parte alguna. Sus dedos separados encima de mis dos pechos a los que apenas roza hasta que los pezones ereccionan y se endurecen. Sí, ereccionan y se endurecen, pero ya no estoy en mis pechos —viven fuera de mí, me traicionan—. Y él continúa, no comprende. «Abre los ojos, dice. Mírame. ¿Quieres que te hable?». Abro los ojos, lo

miro, digo que sí. No es culpa mía. ¿Dónde estoy, y qué ocurre? No habría debido escuchar a aquella mujer. Él está sobre mí, sus codos a uno y otro lado de mi cabeza, y sus manos cruzadas sobre mis pechos a los que sigue acariciando con la punta de los dedos, en círculo. El sabe que a mí me gusta ser tomada así, con la braga a media pierna. Que no se tome ni el tiempo ni la molestia de quitármela —que me trate con ese desenfado y esa impaciencia, él sabe cuánto me turba y me debilita eso. Intento hacer mía mi turbación. Cojo su sexo duro. Lo ayudo a introducirse en mí. Su frotación contra el borde tenso de mi braga... ¡oh, cuánto me gustaba! Levanto mis piernas. El entra hasta el fondo de mí, con un lento asalto de todo su cuerpo que lo hace deslizarse sobre el mío e investirlo totalmente. ¡Oh, cuánto quisiera!... Pero estoy sorda, inerte, no siento más que su peso, el choc repetido de su sexo y el mordisco de sus dientes en el lóbulo de mi oreja. ¿Dónde está él, dónde estoy yo? Nuestros cuerpos se han separado, y los miro a distancia.

Él se ha dejado caer a un lado. El fuelle apresurado de sus soplos, ruidoso a sus oídos, llena el pesado silencio. Un reloj de pared, en alguna parte, en el espesor de la casa, suena las cinco. Ella se levanta y, recogiendo de paso su vestido, entra en el cuarto de baño. Cuando vuelve a aparecer, vestida, y sus miradas se cruzan, ella va a inclinarse sobre él, lo besa en los labios y luego, sin decir nada, sale de la habitación.

El trueno lo despertó. Toda la habitación estaba paralizada en un crepúsculo de azufre en el que se arrastraba sordamente el oscuro carruaje de la tormenta. Un instante, inmóvil, él escuchó: ese cielo de cobre, henchido de una amenaza infinitamente repercutida había sido siempre para él el lugar de una extraña promesa.

En su despacho, la luz era aún más apagada, y él abrió los postigos. Fue entonces cuando las sorprendió, sentadas en lo alto de la escalera que conducía a la terraza. Semirecostada sobre Claudia y la cabeza levantada, la pequeña María señalaba con el dedo las pesadas nubes que se deshilachaban. La mano de Claudia descansaba sobre el muslo de la chiquilla, y él veía, adivinaba más bien, el ligero movimiento de sus dedos que se introducían imperceptiblemente por debajo de la falda. «No me ha oído», pensó él; y el hecho de que la joven no se sintiera observada, de que no obedeciera más que a su propio placer, le sorprendió pasajeramente, como un rasguño.

Fue María quien primero se percató de su presencia cuando él salió a la terraza. Al verlo, esbozó una sonrisa, y Claudia, al advertirlo en los ojos de María, se giró. Había recuperado su mirada, alegre y cálida.

—¡Por fin!... —dijo ella—. Nos hiciste esperar.

—¿Me echasteis de menos realmente?

Ella se puso a reír y, sin dejar de acariciar a María por debajo de la falda, apoyó su cabeza en la pierna de su amante.

—Mira qué guapa es —observó.

—Sí —dijo él—, la más guapa de todas.

Y, sentándose junto a Claudia, él levantó ligeramente las piernas de María y las estiró sobre las suyas. Un instante inmóviles, parecían evocar, así agrupados, alguna estampa bíblica, una bajada de la cruz; luego, cogiendo el borde de la falda entre dos dedos, lo dobló lentamente hacia arriba, poniendo al descubierto los muslos apretados, hasta que por fin apareció el triángulo abultado bajo la tela tensa de la braga. Entonces, con suavidad, Claudia rodeó con sus manos y separó sin forzarlas las rodillas de María. Con un dedo ligero, ella rozó de arriba abajo el pequeño

melocotón.

—Mira...

A través del nailon ligeramente hundido, se adivinaba la raja, estrecha y desnuda. Sus miradas se cruzaron y, por primera vez desde hacía horas, él tuvo la impresión de que Claudia se abría otra vez a él. Pero, en ese mismo instante, la pequeña, de un golpe de riñones, se enderezó sobre sus rodillas y, deslizándose de entre sus manos, se puso de pie en la escalera y empezó a bajarla. Una vez abajo, se volvió, levantó hacia ellos la cabeza y les sonrió. Luego, sin prisa, se adentró en la alameda. Se levantaron en silencio y la siguieron.

Lo que quedaba de aquel día extenuado bostezaba en la hierba, y era como si el reflejo de su agua turbia hubiera hecho suyo el bochorno del aire. De pie en medio del claro, ella esperaba, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la cabeza un poco ladeada, pequeña instigadora de juegos, sirena enigmática, quien, sin una palabra, les imponía su ley. Claudia llegó a su lado y, pasando detrás de ella, bajó la cremallera de su vestido. Se lo quitó por arriba. María levantó los brazos por sí sola con mucha naturalidad, y él, sentado en la hierba delante de ella, admiró —a medida que la tela la descubría— el hueco anacarado de sus axilas. Apenas apuntaban sus pechos. Sus caderas eran estrechas y su vientre todavía un poco redondo. Sólo su mirada iba más allá que su infancia, pero ella la tenía bajada, como si hubiera querido, en aquel instante, no ser otra cosa que su cuerpo, inocente y pulcro.

Ella estiró el brazo y descansó su mano en la cadera. Tras ese contacto, dio de pronto media vuelta, apoyando su cuerpo contra el de Claudia. Incorporándose entonces sobre una rodilla, en sus dos manos juntas él cogió entonces su sólida grupa de la que experimentó el secreto y el temor; luego,

lentamente, sus dedos se deslizaron hacia la goma de su braguita con la que empezaron a jugar. De puntillas, el rostro metido entre los pechos de Claudia, ella permanecía inmóvil. Entonces, él acabó de desvestirla.

—Tienes un culito muy hermoso —dijo él en voz baja, y su dedo, recorriendo el valle mediano, comprobó su estrechez—. Vamos... no te cierres. No te cierres, o te pego.

Pero Claudia tuvo que murmurar unas palabras en el oído de la pequeña para que él la sintiera relajarse entre sus manos y que él pudiera al fin entreabrirle.

La primera vez que él tocó su ojetete con la punta dura de la lengua, él sintió que se contraía, pero, poco a poco, bajo la insistencia de la caricia, se soltó suavemente mientras sus nalgas crispadas parecían fundirse en sus manos.

—Me gusta abrir tu ojetete —siguió él—. Hacía tiempo que mi lengua no sentía ese deseo. Y ahora, date la vuelta.

Ella obedeció, y él tuvo, a la altura de la boca, como una incisión en el suave abultamiento de su pubis, su raja fina y alta. Con ternura, él le apartó las rodillas y paseó sus labios en el interior de sus muslos donde la piel es tan fina y blanca. En aquel momento, levantando los ojos hacia Claudia, él vio que ella le señalaba con un movimiento de la cabeza un joven cedro de espeso ramaje. Él se levantó en silencio, cogió a María en sus brazos y la recostó sobre la litera azulada de unas ramas bajas.

Apenas si tuvo que inclinarse para recorrer su cuerpo con la boca. Él la besó primero en los párpados cerrados, los labios entreabiertos, la pelusilla del reverso de su oreja. Luego, siguiendo la curva del hombro, alcanzó sus pechos donde su boca jugó un momento con los minúsculos

pezones. Ella se balanceaba suavemente sobre las ramas, y él tenía que aguantarla por debajo para dar prisa a sus besos.

Cuando, tras haberla explorado por todas partes, él sobrevoló su sexo con su aliento y cuando, una vez que hubo deslizado sus manos por debajo de su grupa, empezó a separar a pequeños golpes de lengua sus labios cerrados, él supo que alcanzaba lo que siempre había esperado. Y, cuando Claudia, cayendo de rodillas ante él, lo cogió a su vez en su boca, él no pudo contener su fuerza y se dejó caer en la hierba seca donde, apretando contra él la cabeza de la joven, él alcanzó la cima, el olvido.

Más tarde, abriendo los ojos, él vio que estaban solos. La pequeña María ya no estaba allí. Regresaron a la casa sin volver a encontrarla.

El venticinco, todo el día

Amanecía cuando él se despertó. Claudia, que le daba la espalda, dormía aún. Con precaución, él retiró el brazo de debajo de su cuello y se levantó suavemente de la cama.

De la gran tormenta que había estallado durante la noche, emergía el jardín, alegre y risueño, rociado de gotas. Caminó por la terraza, y aspirando el olor mojado de la hierba engendrada por el aguacero nocturno, llenando la vista de aquella esplendorosa cima verde donde, en los bajos, dormitaba aún un sueño de bruma que el sol alcanzaba ya, le embargó una gran felicidad proveniente de los tiempos más remotos, a través de la belleza de los árboles. Bajando a toda velocidad los peldaños de piedra, se arrojó en la hierba húmeda y recorrió el prado con grandes saltos hasta la cerca rota del parque. La salvó sin dificultad y sintió en seguida su pie hundirse en el lodazal de cañas en el que chapoteaban las aguas del río crecidas por la tormenta.

Caminando por el borde menos fangoso del sendero que dominaba el muro de Ruñe, él se dirigió con paso alegre hacia la albufera que se extendía a media legua de allí, al otro lado de la carretera. Cuando vuelva, ella se habrá levantado, pensó él, y desayunaremos juntos. Hundiendo la mano en el bolsillo, sintió entre los dedos un paquete de cigarrillos arrugado, y ese contacto le dio de pronto ganas de tomarse un café caliente. No le gustaba fumar antes del café de la mañana, pero, en cuanto bebía la primera taza, necesitaba sus cigarrillos, y ella siempre se había cuidado de

que los tuviera a mano. Ella me conoce realmente bien, pensó él con tierno orgullo. Tanto como la conozco yo. La conozco más que nadie... más que ella misma. Y esas cuatro últimas palabras impusieron de pronto a su espíritu ciertos detalles de su cuerpo de los que efectivamente ella había tomado conciencia a través de la descripción que él le había hecho.

En el Molino de Olivet, dejando la orilla y su pálida franja de salces, él giró hacia la albufera por el sendero de la Horca. Claudia y él lo habían bautizado así una noche de luna violeta en la que habían creído ver, fabulosamente estirada en el sendero, la sombra encapuchada de un ahorcado. Cuando salió a la carretera, lanzó en seguida una mirada hacia el *Albergue de la Abadía*: los postigos de la planta baja ya estaban abiertos.

Como la sala estaba desierta, fue a dar un vistazo a la cocina. En orden y en silencio, con sus grandes muebles de madera y sus reflejos de cobre, se ofrecía a él como un espacio apacible, y él lo acogió en su corazón como un hermoso recuerdo futuro. Volviendo sobre sus pasos, se sentó a una mesa en el rincón de una ventana con cortinas de ganchillo. Alguien iba a venir, y él tendría su café caliente, su primer cigarrillo y, en la boca, el sabor azul que éste brinda por la mañana. ¿Qué más podía pedir él en aquel instante?

Acababa de restallar la tapa de su encendedor de acero cuando el dios de los jardines, en cazadora de cuero beige y pantalón de terciopelo negro, apareció en el umbral de la puerta. Una flecha rosada de sol iluminaba sus largos pelos rubios. Manos en los bolsillos, fue a apoyarse en la barra, y sus miradas se cruzaron.

—¿Ya levantado?

—Sí, ¿por qué no?

Él había contestado muy rápido, un esbozo de sonrisa en los labios y los ojos semicerrados —ojos de gato, oblicuos y verdes.

—¿Puedo invitarle a tomar algo?

—Es usted muy amable. Tomaré un café.

—Siéntese, por favor.

—Gracias. Qué hermoso día, ¿no es cierto?

—No hace más que empezar.

—Estoy seguro de que será hermoso.

Hubo un silencio. Hablamos como el método Asimil, pensó el amante de Claudia. Pero ¿cómo hace para introducir tanta insolencia en el fondo de esas frases?

—¿Conoce a la pequeña María?

—¿La pequeña María?... —repitió lentamente el joven enarcando una ceja y simulando sorpresa.

—Esa niña con la que usted conversaba ayer por la mañana en la plaza...

—¡Ah, sí! Ya sé.

—¿La conoce bien?

—Algo, sí.

—¿Qué le parece?... si me permite.

—¿Me tiene absolutamente que parecer algo?

Intercambiaron una sonrisa. En aquel momento, una sirvienta trajo el café del joven. Ella lo saludó por su nombre, con amabilidad, y él le contestó de la misma manera.

—¿Cuándo volverá a nuestro árbol? —siguió su interlocutor.

—Cuando me necesite.

—Veo que tiene una respuesta para todo.

—Me halaga, señor.

—No, no, es usted muy inteligente. Con algo de agreste. En fin, el dios de los jardines, como dice mi mujer.

—Es muy amable.

—Es sobre todo muy bella.

—Sí, mucho..., —murmuró el joven bebiendo su café de un trago—. No me queda más que agradecerle. Encantado de conocerle...

—Lo mismo digo.

—Señor...

El joven se levantó, se inclinó ligeramente y, girando sobre los talones, pasó de la sombra de la sala a la gran claridad de la carretera en la que el hombre lo vio alejarse con paso ágil en dirección a la albufera.

Cuando él volvió a Ruñe, encontró una nota encima de la cocina: ella había ido al pueblo donde quizás lo encontraría. Esperaba que él hubiese ya desayunado, «de todos modos» le comunicaba que ella le había preparado lo necesario en la terraza y que no tenía más que calentar el café. Añadía que lo quería y no firmaba. Era en realidad inútil. Un poco desilusionado por su ausencia, él se dijo que él, a su vez, hubiera podido dejar una nota en la almohada que ella hubiera encontrado al despertar. Sintió cierto remordimiento por no haber pensado en ello. Pero, si él la hubiera encontrado en casa, ¿acaso le habría sabido mal no haberla avisado de su marcha? Se prometió ser más atento en el futuro (le había parecido leer entre líneas cierto reproche) y encendió el gas debajo de la cafetera que le esperaba.

Ella había enfilado el asa de su cesto en el manillar de su bicicleta, y únicamente al poner un pie al suelo al llegar a la escalera fue cuando se dio cuenta de que había un gran ramo de iris

descuidadamente atado al portaequipajes.

—¿Un trofeo de guerra? —le preguntó él desde la terraza.

—No —dijo ella acercándose por la terraza, el cesto bajo el brazo—, una demostración de amor.

—¿Y a quién lo debes?

—Pues a nuestro dios de los jardines. Acabo de verlo en el mercado. Y María iba con él.

—Decididamente —dijo él secamente—, está en todas partes este hermoso jovencito. Desayunamos juntos a las siete, en el *Albergue*, y a las ocho te ofrece unas flores en el mercado. Si quieres mi opinión, se está poniendo un poco pesado nuestro dios de los jardines.

Ella se sentó en el sillón con respaldo de mimbre en forma de corola y cogió una tostada que empezó a rociar de miel.

—¿Qué quieres? Es de aquí... —murmuró ella con un movimiento de hombros donde él creyó leer una despreocupación culpable.

—Confieso no ver qué tiene que ver. Por mucho que sea de aquí, como dices, se le ve demasiado. Primero, ¿qué tiene que ver con María?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues a mí me gustaría saberlo.

Paseaba nerviosamente de un lado para otro de la terraza, y ella lo observaba con los ojos semicerrados, acurrucada en el fondo de su sillón, como una gata que medita.

—Vamos —dijo ella sonriendo—, cálmate. No te lo he dicho todo. Pero primero, por favor, deja de hacer el metrónomo, me estás mareando.

—Bueno. Muy bien. Te escucho... —y él se sentó con los brazos cruzados en el ángulo de la balaustrada.

—Ella me pidió que fuera a bañarme con ella.

—¿La pequeña María?

—Sí. Me habló de una playa... una playa siempre desierta, después de la Corne des Tanneurs. Nos hemos citado a las cuatro y media.

—¿Las dos?...

—Ven a vernos más tarde.

—Y... ¿ella no te habló de mí?

—No, pero ven aun así. Seguramente no debió atreverse. Conmigo, es menos difícil.

Él enderezó la cabeza con mucha dignidad.

—Tenía la intención de trabajar toda la tarde.

—Pareces celoso —dijo ella sin poder contener la risa—. Realmente, no hay motivo. Te diré incluso que estaba un poco inquieta con respecto a María después de su desaparición ayer por la noche, y su propuesta me ha tranquilizado.

—Así pues, va todo sobre ruedas.

—¿Vendrás a vernos?

—Si termino mi trabajo.

Ella se levantó ágilmente y fue a pegarse a él, la cintura entre sus piernas y la cabeza en el hueco de su cuello.

—Me gustaría bañarme con vosotros dos —murmuró ella con voz infantil.

—Con los dos, ¿estás segura?

—¡Tonto! Confiesa que ella se quedó un poco frustrada anoche y que ella bien habría podido guardarnos rencor. Le debemos una revancha.

—¿Crees que es lo que espera?

—Sí, creo. En fin, eso me ha parecido...

—Vete a saber lo que piensa... —susurró él, la boca en el hueco de su cuello.

Ella se desperezó con deleite y, desabrochando su camisa y enfilando en ella las manos, las deslizó bajo sus brazos e hizo que se encontraran arriba, los dedos cruzados, sobre su nuca.

—¿Tanto te preocupa lo que piensa? —preguntó ella con un prolongado suspiro de pereza.

Él no contestó. Entrelazados como la hiedra al árbol, permanecieron un momento así, al sol. A sus pies, el jardín estaba suavemente en el oscuro sueño del mediodía, vibrando de avispas.

Más allá de la Corne des Tanneurs, donde aún se erguían por encima de las ortigas los muros en ruinas de la antigua fábrica, el sendero se terminó, y ellas tuvieron que bajar. Caminando al lado de sus bicicletas, se metieron en el oscuro bosque de cipreses. La pequeña María iba en cabeza, como un explorador, y su cortísima falda roja se deslizaba sin vacilaciones entre las ramas bajas. A su izquierda, invisible y fiel, un susurro de torrente acompañaba sus pasos. Parecía refrescar aún más la penumbra, y Claudia, tras el gran sol de la carretera, tuvo de pronto la impresión de haber caído en una cueva. Pensó que, entre ese bosque desierto y el río demasiado estrecho para ser navegable, no podía desear soledad más hermosa, y, no obstante, pese a la faldita roja que la precedía con valentía, ella se sintió un instante presa de un sordo temor. Hasta que entrevió la playa entre los árboles.

En forma de semicírculo, estaba rodeada de vegetación, que iba al encuentro de los juncos que la cerraban por el lado del torrente, formando, por el lado de la orilla, como una secreta cortina de hojas. A la vista del sol sobre la arena resplandeciente y suave, Claudia sintió que recuperaba todo su entusiasmo y, saltando desde lo alto del talud, del que caía como una muda cascada un reguero de ciclámenes salvajes, ella corrió al encuentro de María en la orilla del torrente. Escucharon un momento su voz apresurada que perforaba el silencio y siguieron con los ojos su estela de espuma, eternamente

devanada hacia el mar; luego, cogiéndose de la mano, volvieron atrás, hacia la sombra estrellada de los árboles.

—¿Nos bañamos? —dijo Claudia y, sin esperar su respuesta, se dispuso a quitarse el vestido.

No llevaba debajo más que la braga que estaba a punto de sacarse cuando captó de pronto la mirada de María, una mirada atenta y oscura, extrañamente penetrante.

—¿No te desnudas? —preguntó ella dejando en suspenso su gesto.

Y como la pequeña, tras un instante de duda, se desabrochaba lentamente la falda, ella levó las manos a su cintura y, con un único movimiento, terminó de desnudarla.

Entonces, hubo un ruido entre las ramas por encima de ellas. Ella levantó la cabeza y vio cómo se abrían. De pie en el talud, todo de blanco contra la pantalla verde negro de los cipreses, sonreía el dios de los jardines.

Él escribía en su despacho cuando ella entró furtivamente.

—¡María! —murmuró él atónito—. Creía... ¿no has ido a bañarte con Claudia?

Ella explicó rápidamente, farfullando un poco, que Claudia estaba todavía en el pueblo donde «tenía algo que hacer».

—¿Y no la has esperado?

La cabeza un poco baja, aunque sin dejar de mirarlo, ella se limitó a alzarse imperceptiblemente de hombros. Entonces, él se levantó, la cogió de la mano y la llevó hacia el sofá donde él se sentó. Silenciosa y digna, ella lo vigilaba, misteriosamente.

—Me alegro de que estés aquí —siguió él en voz baja.

Y apretó sus dedos, tratando de disimular su apuro con la ternura. Era la primera vez que él se encontraba a solas en su presencia, y Claudia le hacía falta.

—Me alegro de que estés aquí, pero me gustaría saber por qué has venido sola. Contesta... ¿Querías verme?

Ella hizo un movimiento con la cabeza en el que podía leerse tanto un signo afirmativo como un matiz de desprecio, y, un instante, él ponderó no sin terror en qué dependencia él había comprometido su deseo al someterlo a la mirada de su mujer.

Levantándose bruscamente, se puso a caminar de un lado para otro evitando mirar en dirección de María. ¿Qué esperaba? ¡Y ese modo de callarse! Jamás había oído a alguien callarse con tanta energía, tanta dedicación. Había como para pensar que conocía el poder del silencio. Fue a acodarse a la ventana. A lo lejos, más allá del oleaje de los árboles, se adivinaba el crepúsculo por el tono verde del cielo. Se irá, pensó él. Se irá y, en cuanto se haya ido, me sabrá mal. Pero ahora lo he entendido: ella nos pertenece. No puedo tocarla solo.

Volvió hacia María, inmóvil en el mismo lugar, y, como seguía sin moverse, se dejó caer cuán largo era en el sofá y simuló cerrar los ojos, pero sin dejar de observarla por entre las pestañas. Transcurrió cierto tiempo. Luego, ella se sentó a sus pies, quitó sus sandalias de cuero y se tumbó sin vacilación a su lado.

—¿Y entonces?

—Entonces ella se deslizó tras él, recogió su bicicleta en el bosque y desapareció.

La terraza se sumía en la sombra, invadida por

el olor a madreSelva. Cuando María se fue, él había ido a esperarla. Por fin, llegó y había contado.

—¡Increíble!... —murmuró él.

—Sí...

—¡Hermosa conspiración! Te había dicho que tramaban algo. Lo han conseguido de maravilla.

—Ella desempeñó su papel.

—¿Su papel?...

—Supongo que tenía ganas de estar a solas contigo.

—Y él de verte a solas.

—Supongo.

Hubo un silencio.

—Y después... ¿qué pasó? —siguió él con una voz sin timbre.

—Nada.

—¿Nada?

—Recogí mi vestido, y él volvió a marcharse... en cuanto me vestí.

Él emitió una risa seca.

—¿Cómo es eso?... ¿Se fue así, sin intentar nada?

—No.

—¡Qué tacto! ¡Qué delicadeza! Sorprendente, ¿no te parece?

—Quizás. Y tú, ¿cómo te fue con María?

—No ocurrió nada.

—¿Ah, sí?

—Te esperaba.

—¿Sin tocarla?

—Apenas.

—Sí, ya veo.

Con la punta de los dedos, ella apoyó sobre sus párpados, como solía hacerlo a veces, en ciertos momentos de cansancio. Estaban de pie el uno al lado del otro, y, ante sus ojos, la casa que amaban, encapotada con su gran manto de vid salvaje. Ella

dio unos pasos hacia la puerta vidriera.

—¡Claudia!

—¿Sí?

—¿Me has dicho realmente todo?

—¿Y tú?

Ella entró en la casa, y él permaneció en la terraza, reflexionando. La noche se alzaba lentamente, pero en el fondo del parque, al pie del muro de piedra gris, un resto de sol extenuado se arrastraba aún entre la zarza. Algo más tarde, él oyó cómo arriba se abrían los postigos. Levantó la cabeza, intentó sonreír. Puede pensarse que ella no lo vio, ya que su rostro permaneció perfectamente impasible.

Notas

[1] Los dos hoteles están situados el uno al lado del otro, en una calle muy corta de París, y los dos, por fuera, se parecen mucho. (N. del T.). < <